

JOSÉ COSANO MOYANO

Coordinador

**LOS BARRIOS DE CÓRDOBA
EN LA HISTORIA DE LA CIUDAD**

**DE LAS COLLACIONES
BAJOMEDIEVALES CRISTIANAS
A LOS BARRIOS ACTUALES**

**REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA**

2019

LOS BARRIOS DE CÓRDOBA EN LA HISTORIA DE LA CIUDAD

Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

DE LAS COLLACIONES BAJOMEDIEVALES CRISTIANAS

A LOS BARRIOS ACTUALES

Coordinador: José Cosano Moyano

(Colección *T. Ramírez de Arellano VIII*)

© Portada: *El “primer plano” de Córdoba con las distintas parroquias bajo-medievales (según García, Gámiz), basado en un dibujo anónimo de la ciudad de Córdoba (1752). Archivo de la Catedral de Córdoba, Colección Vázquez Venegas, vol. 260, 1-2, p. 1a*

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba

ISBN: 978-84-121240-5-7

Dep. Legal: CO 1991-2019

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

**LO SACRO Y LO PROFANO EN LOS BARRIOS
CORDOBESES DEL ANTIGUO RÉGIMEN**

LO SACRO Y LO PROFANO EN LOS BARRIOS CORDOBESES DEL ANTIGUO RÉGIMEN

MARÍA SOLEDAD GÓMEZ NAVARRO
Académica Correspondiente

Tiene el lector en sus manos el texto que sostuvo mi intervención en el ciclo “Los barrios de Córdoba en la historia de la ciudad (II)”, el veinte febrero del presente año. Con él quise llamar la atención sobre cómo asumieron y vivieron los barrios cordobeses del Antiguo Régimen uno de los rasgos básicos de la sociedad preindustrial como es su alta sacralización -desde la cuna hasta la sepultura la vida, efectivamente, está transida de religiosidad y transcendencia, y sin solución de continuidad, porque aún lo más prosaico o profano se justifica desde y por el más allá-, pero también la fuerte clericalización, puesto que ese proceso se realiza con los intermediarios clericales, y aun sacramentalización, porque algunos de los gestos que se vinculan a las decisiones sociales de aquella época, como es otorgar testamento -a ser posible, en buen estado de salud-, se considera por la concepción católica de la muerte casi un octavo sacramento. Una infraestructura más que suficiente garantiza el desarrollo de todas las posibles actividades sagradas y profanas, esto es, catedral cordobesa, monasterios y conventos, ermitas, santuarios, hospitales, casas de misericordia y hospicios, colegios, parroquias, capillas, asociacionismo religioso, celebrantes, predicadores y misioneros; pero también alcázar, mesones, tiendas y tabernas, talleres y oficinas, casas, patios, plazas y calles, o la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Córdoba, y su Real Academia. A la indicación de esta base añadía que comenzaba por lo sacro, precisamente por ser estado y nivel superior a lo profano en la cosmovisión cultural de la época; qué analizaría en cada contenido,

primero separadamente, lo sacro -muerte y religiosidad, santidad-, y lo profano -fiestas-, y, después -y sobre todo-, lo sacro y lo profano, conjuntamente, porque, como digo, no existe corte para la sociedad de la época moderna -epidemias, motines, moralidad-; así como los significados de esta mixtura, esto es, traducción y mantenimiento del orden social, manifestación del conflicto, y muy lenta disociación, en un proceso que llega hasta casi nuestros días, de ambas esferas de lo sacro y lo profano. Ello será ahora la materia de esta colaboración, que ciertamente analiza las expresiones de lo sacro, lo profano, y lo sacro y lo profano, pero, especialmente, incide en una faceta apenas apuntada en la presentación y que me parece altamente interesante desarrollar aquí porque es menos conocida -pero no por ello menos real- y, sobre todo, porque incide en ese elemento transcendente que con frecuencia escapa a la explicación humana y racional -tanto de las sociedades pretéritas, como aun de las actuales-, como es lo transgresor, y a la que abrochan unas reflexiones finales. Son, pues, las tres partes de esta elaboración¹.

¹ Para no alargar innecesariamente el apartado de notas, solo citaré las estrictamente indispensables; en todo caso, para una visión general sobre la Córdoba moderna algunos de los consabidos clásicos referentes, en fuentes secundarias e historiográficas, en gran parte nutrientes de las páginas que siguen: AGUILAR GAVILÁN, Enrique, *Historia de Córdoba*, Madrid, Sílex, 1995, pp. 63-83. ARANDA DONCEL, Juan, *Historia de Córdoba*, 3: *La época moderna (1517-1808)*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros, 1984. *Casos raros ocurridos en la ciudad de Córdoba*, I-II, edición facsímil, Córdoba, Obra Social y Cultural Cajasur, 2003. CUENCA TORIBIO, José Manuel, *Historia de Córdoba*, Córdoba, Publicaciones de Librería Luque, 1993, pp. 75-110. GÓMEZ NAVARRO, Soledad, “Una efeméride en el recuerdo: El ‘Gran Capitán’ y la Córdoba del ‘Gran Capitán’”, *Ámbitos. Revista de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades*, 35 (2016), pp. 143-152; “Córdoba en el siglo XVII”, en REVENGA DOMÍNGUEZ, Paula; PALENCIA CEREZO, José M^a, *Antonio del Castillo en la ciudad de Córdoba (IV Centenario de su nacimiento)*, Sevilla, Junta de Andalucía-Consejería de Cultura, 2016, pp. 23-42. JAÉN MORENTE, Antonio, *Historia de la ciudad de Córdoba*, Córdoba, Librería Luque, 1971, pp. 91-130. MORALES, Andrés de, *Historia General de Córdoba*, I-II, edición de CANO FERNÁNDEZ, Adelina y MILÁN TORRES, Vicente, Córdoba, Ayuntamiento-Diputación, 2005. ORTÍ BELMONTE, Miguel Ángel, *Córdoba monumental artística e histórica*, Córdoba, Diputación Provincial, 1980. RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, Teodomiro, *Paseos por Córdoba, ó sean Apuntes para su Historia*, Córdoba-León, Luque-Everest, 1985, 6^a edic. RAMÍREZ Y DE LAS CASAS-DEZA, Luis M^a, *Anales de la ciudad de Córdoba. Desde el siglo XIX y año de 1236 en que fue conquistada por el Santo Rey Don Fernando III, hasta el de 1850*,

Lo sacro, lo profano, lo sacro y lo profano: Lo normalizado, habitual y explicable

Según lo antes indicado, comenzamos por lo sacro. Al respecto, y como es sabido, religiosidad y muerte son dos de las principales expresiones que nutren el plano de lo sagrado, y casi sin solución de continuidad ni compartimentos estancos, que solo impone la necesidad didáctica de transmitir, porque lo religioso está muy presente en la vida y en la muerte -por lo demás, realidades ambas inextricablemente unidas y especialmente contingentes y marcadas en la sociedad del Antiguo Régimen- y porque la muerte católica obviamente también es religiosa y viene envuelta en ropaje religioso.

Para lo primero -es decir, el plano de la religiosidad en los barrios cordobeses del Antiguo Régimen-, tres elementos, a su vez, devociones, instrumentos y manifestaciones². Las devociones más extendidas, Inmaculada Concepción, san Rafael -por supuesto, sobre todo a partir del Setecientos- y *Corpus Christi* -especialmente desde la conclusión del concilio tridentino-, pero también los santos patronos Acisclo y Victoria, los Santos Mártires -sobremanera desde que sus reliquias aparecen en 1575 al realizar una obras en la parroquial de san Pedro-, Nuestra Señora de la Salud, Nuestra Señora de la Fuensanta, Nuestra Señora de Villaviciosa, Virgen de Linares, o Cristo de la Merced, entre otros, siempre referentes del siempre generoso panorama de la religiosidad popular cordobesa³. Especialmente pilares básicos de la religiosidad popular cordobesa son las devociones a Nuestra Señora de la Fuensanta, Nuestra Señora de la Salud, la Inmaculada Concepción y obviamente San Rafael.

La primera, desde 1420, fecha en que según la tradición, un modesto cardador tuvo una aparición de la Virgen y, por su intermediación, reco-

Córdoba, Real Academia, 1948, pp. 92-263; *Indicador cordobés. Manuel histórico topográfico de la ciudad de Córdoba*, León, Everest, 1976.

² GONZÁLEZ NOVALÍN, José Luis, "Religiosidad y reforma del pueblo cristiano", en GONZÁLEZ NOVALÍN, José Luis (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, III-1º: *La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, Madrid, BAC, 1980, pp. 355-384. MESTRE SANCHÍS, Antonio, "Religión y cultura en el siglo XVIII", en MESTRE SANCHÍS, Antonio (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, IV: *La Iglesia en la España de los siglos XVII y XVIII*, Madrid, BAC, 1979, pp. 586-606.

³ ARANDA DONCEL, Juan, *Historia de...*, pp. 105-113. CASTILLEJO GORRÁIZ, Miguel, *La religiosidad popular cordobesa*, Sevilla, Argantonio, 1984.

braron la salud varios familiares, tras aplicarles agua de una fuente cercana al lugar de aquel evento, y, sobre todo, desde que veinte años más tarde un ermitaño acuda al mismo sitio y “por intervención divina, descubre una imagen en el tronco de un árbol”⁴. La segunda, Nuestra Señora de la Salud, desde que su devoción arraigue en 1665 cuando los vecinos del Alcázar Viejo Simón de Toro y Bartolomé de la Peña descubren arando en una haza próxima a la puerta de Sevilla un pozo con brocal de jaspe blanco y en su interior una imagen de la Virgen, y aún más desde que ocho años después se inaugure la capilla de su mismo nombre en el mismo lugar, convertida, andando el tiempo, en la ermita del primer cementerio extramuros inaugurado en Córdoba.

También en Córdoba, y como toda la Monarquía Hispánica de la época, la tercera, la Inmaculada Concepción de María, incluyendo las diatribas, cuando no abiertos enfrentamientos y peleas, que a favor y en contra de su devoción popular, totalmente fruto de la tradición puesto que no será dogma hasta 1854, mantuvieron franciscanos y dominicos, respectivamente, y que alcanzó cotas llamativas e insospechadas en 1614 cuando en su sermón predicado en la catedral cordobesa el dominico fray Cristóbal de Torres, el ocho de diciembre de dicho año, se opone claramente a la devoción inmaculista, esto es, totalmente contrario a la inmunidad de culpa original en la concepción de María, posición que causó “verdadero escándalo” en el cabildo catedralicio como “en el numeroso auditorio” asistente. Al mismo también contribuyen la intervención del obispo y también dominico Diego de Mardones, al promulgar un edicto que prohibía los actos en honor de la Inmaculada, así como las opiniones públicas, ya fueran favorables o contrarias, sobre tan escabrosa y “espinosa cuestión”; la decisión, claramente desafiante a tal orden, del clero catedralicio de celebrar una fiesta de la Concepción, previo llamamiento al vecindario para que acudiera masivamente a demostrar su fervor y, a la par, evidenciar así su rechazo al silencio exigido al respecto por el prelado de la diócesis; el mismo cabildo civil que, en solidaridad, organizó y financió una fiesta votiva en el convento de san Francisco; o la publicación de un par de discursos partidarios de la Purísima por el canónigo Pizaño de Palacios en Sevilla. Este panorama se alimenta hasta que una real provisión de 1615 ordene a fray Diego que suspenda las prohibicio-

⁴ ARANDA DONCEL, Juan, *Historia de...*, p. 105.

nes dictadas, una bula papal, dos años después, dé luz verde a los seguidores de la citada advocación mariana para que pudieran practicarla libremente, y el breve de Alejandro VII en 1662 favorezca el misterio de la Purísima Concepción de María⁵.

Y también San Rafael es obviamente seña de identidad de la religiosidad popular cordobesa; su devoción arraiga definitivamente desde comienzos del Setecientos, cuando el cabildo civil, en sesión del siete de junio de 1713, acuerda la dotación de una manda o legado pío forzoso en todos los documentos de última voluntad que se otorguen por cordobeses, para la construcción de su iglesia del “Juramento”, y tras sendas apariciones a Simón de Sousa y al padre Roelas algunas centurias antes⁶.

En cuanto a los instrumentos para comunicar y extender todas estas devociones, sobre todo la palabra y los gestos, vehiculados a través de misas, catequesis, sermones y predicaciones, y fundamentales en una sociedad como la del Antiguo Régimen esencial y extendidamente iletrada y solo atrapable por los sentidos. Es lo que sucede, por ejemplo, con los más famosos predicadores, del clero regular por lo general, que expanden su verbo por todos los barrios de Córdoba y con los motivos más variados, como fray Diego José de Cádiz, el padre Posadas, o el mismo cardenal Salazar, que “estimó con singular devoción” al segundo indicando “y oía con gran gusto y satisfacción de su heroica virtud y provechosa predicación y de sus acertados dictámenes”⁷. Sobre los efectos de la predicación como apoyo y sobre todo las cualidades que debía tener un buen predicador podemos ilustrar precisamente a partir de lo que conocemos sobre el último de los tres excelentes frailes indicados, pues aunque lo que indicaré procede de la misión que predicó, junto al padre jesuita rigoirista Tirso González de Santalla, en ejercicio de su ministerio pastoral en su primer destino de la sede salmantina, es seguro que también lo pondría

⁵ ARANDA DONCEL, Juan, *Historia de...*, p. 110, citas textuales.

⁶ GÓMEZ NAVARRO, Soledad, “Presencia de san Rafael en la documentación notarial cordobesa (1650-1833)”, *Arcángel San Rafael Custodio de Córdoba* (1996), pp. 22-25. RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, Teodomiro, *Paseos por...*, pp. 364, y 73-74.

⁷ GÓMEZ BRAVO, Juan, *Catálogo de los obispos de Córdoba*, II, Córdoba, oficina de D. Juan Rodríguez, 1778, pp. 746-747. Para Posadas como predicador en sus famosos sermones “ladridos evangélicos”: DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Discurso de investidura de Dr. Honoris Causa*, Córdoba, Universidad, 1980, pp. 16-17.

continuamente en práctica cuando desde la catedral cordobesa se dirigiera a su grey. Tomando como guía la comparación, un método como otro cualquiera y desde luego perfectamente válido para allegar conocimiento, aprovechemos, pues, aquella información para profundizar en este poderoso recurso de cristianización y recristianización, porque, como digo, sin duda, también lo recibirían, y de la misma manera, los moradores de los barrios cordobeses⁸.

En efecto, recién llegado a dicha sede, el primer domingo de cuaresma, por la tarde, predicó Salazar en la catedral el primer sermón de la misión sobre el tema “he aquí el tiempo propicio de salvación”, y en el que despliega toda una sabida y estudiada metodología, y acomete su terminación con una no menos asimismo probada teatralización hasta el clímax: “Habiendo llenado el asunto de sagrada doctrina, erudición grave, lugares escogidos, comparaciones y exemplos acomodados, persuasión vigorosa, moción eficaz y suave; juntado el terror con dulzura, pues ya daba cuerpo a la voz, para aterrar con la amenaza al pecador; ya la templaba con dulzura para moverle con suavidad; usando con gran arte de su talento natural, que sin duda es especioso, porque la voz es abultada, y flexible; las palabras, vivas y elocuentes con claridad; la acción garbosa con gravedad, y expresiva de los afectos (...), dio fin al sermón con un devoto coloquio al Santo Cristo, cuya efigie tomó en la mano y levantó en alto; sirviéndole entonces aquel sagrado leño de nuestra redención ya de báculo pastoral, ya de palma, por haber vencido los corazones de los oyentes con la eficacia de su predicación. Hablaba ya con Jesucristo, que movía en la mano, pidiéndole

⁸ GÓMEZ NAVARRO, Soledad, “Empezando a pastorear: la misión del cardinal Salazar en la Salamanca de 1682”, en BERNARDO ARES, José Manuel de, *La Sucesión de la Monarquía Hispánica, 1666-1725. I: Lucha política en las Cortes y fragilidad económica-fiscal en los Reinos*, Córdoba, Universidad-Cajasur, 2006, 105-159: Estudio de la construcción formal y de contenido de la CARTA de un académico de la Universidad de Salamanca, escrita a un caballero de la corte, refiriendo los progresos de la misión, que en aquella ciudad ha hecho el ilustrísimo, y reverendísimo señor D. Fray Pedro de Salazar, obispo de Salamanca, con el reverendísimo padre Tirso González, doctor teólogo de la Compañía de Jesús, y catedrático de prima de la Universidad de Salamanca, este año 1682, Biblioteca Nacional de Lisboa, ff. 1-27. Para no alargar innecesariamente las notas, siempre que no se indique lo contrario -o sea, solo en caso estrictamente necesario o excepcional- las citas textuales que se verán pertenecen a tal documento, con cuya palabra inicial constará, desde los ff. 2 y ss.

perdón de los pecados de todo su pueblo, como antiguamente pedía para el suyo Moisés a Dios. Ya se volvía al pueblo, mostrándole aquel Retrato de dolores, aquel amor inmenso, con que se puso en una cruz por nuestros pecados. Decía, cómo no llorábamos nuestras culpas! Cómo no nos enternece la vista, de quien tanto padeció por mí! Cómo no amábamos a quien tanto nos amó, dando su sangre y vida por nosotros! Con semejantes palabras de mayor persuasión y eficacia el auditorio, que estaban hincado de rodillas, se iba enterneciendo y dando señales de su dolor y amor en suspiros, golpes de pechos y lágrimas, que dieron fin al sermón, y después principio a las alabanzas de su Ilustrísima, a quien llamaban el obispo santo, padre del pueblo, pastor celosísimo, predicador fervorosísimo y doctísimo, y otras semejantes alabanzas, con que le bendecían”.

Cuando se desplaza, le sigue toda la ciudad, eso sí, siempre según su estado y condición, y a Salazar, “que iba cantando en alta voz las oraciones, y moviendo con su ejemplo a que todos respondiesen y cantasen”, también lo arropan dos prebendados de la catedral, su provisor, y sus dos hermanos, enseñando su ilustrísima “con esta exemplarísima acción que el doctrinar y cantar la doctrina no es acción de niños, sino de hombres y varones apostólicos y santos”. Cuando predica -y siempre en sermón “no menos eficaz y fructuoso” que los precedentes-, lo hace “a un inmenso concurso de gente”, exhortando y moviendo “a la perseverancia, que es la corona de la vida, pues ya todos habían logrado el perdón general con una buena confesión y comunión, y los jubileos plenísimos”; derrocha su incomparable y personal estilo, y cierra también de forma claramente efectista: “Habló a todos con amor y dulzura como padre; con saludable doctrina como pastor; con ciencia y erudición como doctor y erudito; con grave y hermosa elocuencia como discreto orador; con moción de espíritu como fervoroso; y con ejemplo de vida como santo. El sermón fue para todos, como quien es deudor a todos, sabios e ignorantes. Tocó su parte al docto, y la suya al iliterato; acomodóse al noble con igualdad; descendió con llaneza a la capacidad del pueblo, trayendo razones, ponderaciones, y ejemplos acomodados al estado de cada uno, con la autoridad de la Escrituras y Santos Padres. Concluyó su sermón con un devotísimo razonamiento al Santo Cristo, que sacó en el púlpito. Hablóle como pastor de todo aquel rebaño que le había encomendado. Pidióle la perseverancia de todos hasta el fin, para que ninguna de sus ovejas perezca. Volvióse al pueblo, llamándolos con la dulce palabra: *Hijos míos*, a quienes exhortó a la perseverancia por su mismo bien, por lo mucho que debemos a Dios, por el amor que nos tiene, y nos le

ha mostrado, por ser Dios quien es, al cual debemos amar sobre todo. Con semejantes palabras de mayor dulzura y persuasión se enternecía el auditorio, movido ya al amor de Dios, y dolor de sus pecados, rematando con un acto de contrición, que hicieron todos con el señor obispo”⁹.

En toda misión parte indisoluble, omnipresente y clásica de la misma fueron el confesonario, en el que estuvo Salazar “instruyendo las almas más de cerca con el consejo, y también santificándolas con la absolución sacramental”, en la catedral y en otras iglesias de la ciudad; y distintas acciones litúrgicas, como lectura de libros espirituales y devotos y explicación de la doctrina cristiana, emprendidas para ocupar “con provecho y gusto” el tiempo en que la inmensa multitud de gente congregada aguardaba el sermón y “disponiéndolos para ganar los jubileos”. Siempre antes de Comunión general “el numerosísimo fruto de confesiones generales y particulares que ha habido y duran hasta el día de hoy”, hasta tal punto que “por eso con mucha razón decían: Quien quisiere saber lo mucho que fructifica la misión, póngase en un confesonario, y allí lo conocerá con admiración”. Misión, pues, de total éxito, como los mismos contemporáneos expresaban -*Gran Misión* escribe nuestro redactor-, “que ha revuelto hondamente la basa de las conciencias”, y que también ha hecho, como sigue aquél diciendo, “sin escrúpulo, que muchos llegaron a confesarse llorando y echando bendiciones, bien haya el señor obispo [...], que tanto bien nos hace con su doctrina, sermones y exemplos. Y otras personas, después del sermón de enemigos, depusieron sus envejecidos odios, perdonaron las injurias, y se reconciliaron; y decían [...] aprieta tanto, que si no hacemos esto, no parece que nos salvamos”¹⁰.

Como se ve, son muchos y muy variados los aspectos útiles para la historia religiosa y aun la social que pueden estudiarse y extraerse de una misión, de la misión analizada: Su objeto o finalidad; la ayuda, cualificada por cierto, que requiere; publicidad y difusión -socialización organizada-; fundamentos probatorios -literatura, teología, dogmática-; didactismo, pedagogía y ejemplaridad, activa y pasiva; implicación social -sobre todo en el clímax-; beneficio o gratificación resultante; modo de actuación, muy contrastada y probada también por cierto; extensión de la misión; temática; y, sobre todo, su mecánica. Salazar, obispo, predicador real, del

⁹ CARTA..., ff. 17-18.

¹⁰ *Ibidem.*, fº 25. Subrayado textual.

Consejo de Su Majestad, primer y original motor de la misión, de voz abultada y flexible, palabras vivas y elocuentes con claridad, garbosa con gravedad y expresiva de los afectos, es tierno, erudito, elocuente, discreto orador, ejemplo de y para todos, de ardiente celo, espíritu, predicación y fortaleza, celoso de su oficio y ejercicio, apóstol, obispo santo, padre del pueblo, pastor celosísimo, predicador fervorosísimo y doctísimo a decir de sus feligreses, adaptado a todo y todos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, para hacerse comprender, mirado siempre en el sacrificio de Jesucristo, cumplidor también siempre pese al cansancio; oidor y partícipe asimismo de todos los ejercicios de los demás intervinientes en la misión; premonitorio, infatigable en su tarea y celo pastoral: confesor igualmente incansable, magistral, y caritativo. Desde su primer sermón lleva el asunto a la perfección, mezclando hábilmente sagrada doctrina, erudición grave, lugares escogidos, comparaciones y ejemplos acomodados, persuasión vigorosa, llamada de atención eficaz y suave, terror con dulzura en las palabras y gestos, en definitiva, usando con gran arte su talento natural. Actividad, por cierto, que se iguala con la de aquellos grandes pontífices que han florecido desde la primitiva iglesia. Se mostró cercano con el más débil, como en aquella ocasión en que “al sentarse una vez en su silla su Ilustrísima, estaba postrado en el suelo, cerca del sitial, un pobre andrajoso, al cual por eso daban del pie algunos, para que se apartase, e hiciese lugar al señor Obispo; pero reparándolo su Ilustrísima, lo estorbó, y llamándole al pobrecito, le acercó a sí, y le hizo sentar junto a su sitial, diciéndole amorosamente: venga acá Hijo, siéntese aquí, y oiga el sermón. Acción por cierto digna de la piedad de tan santo prelado”¹¹. Y siempre “con el ejemplo de su asistencia continuada, movió a todos los Estados de la República a que asistiesen, como asistieron todos, para lograr el fruto que ganaron. Ayudó el cielo con abundante gracia a su ardiente celo y predicación en el provecho de las almas. La vigilancia incansable de este gran prelado en apacentar sus ovejas, confirmará a otros prelados en continuar sus apostólicos empleos en beneficio de las suyas; y a otros servirá de ejemplo para encender el celo, y avivar el desvelo del bien de las almas, imitando tan gloriosas acciones”¹².

¹¹ CARTA..., f° 20.

¹² *Ibidem*, ff. 26-27.

Una misión como la que se indica exige, como también sucedería en los barrios de la ciudad cordobesa, un receptor-pueblo universal, integral o total, sin duda el destino sempiterno de todas las prédicas, pues, ya desde su edicto de misión, Salazar encarga a los padres de familias “que enviasen a ella sus criados y gente de sus casas; y últimamente mandaba a todos los párrocos que encarguen a sus feligreses esta asistencia, leyendo el dicho edicto desde el púlpito o altar al tiempo de la misa mayor, como se leyó en todas las parroquias de esta ciudad”; también el edicto se colocó en partes públicas para que todos lo pudiesen leer “y aprovecharse de la sólida doctrina que contiene”, de manera que “todos los Estados y Órdenes de la República, los mayores como los menores”, ya se conmovieron con sólo la divulgación del edicto de la misión. Atento, receptivo, activo y participativo, protagonista de alguna forma, en suma. Y, sobre todo, un receptor-pueblo diverso en cuanto a que están ricos y pobres, pero, reflejo del orden socialmente esperado y establecido, siempre de arriba abajo, de la cúspide a la base, y también siempre todo él, por la antedicha globalidad o universalidad, afectado e implicado en la misma misión, que, cual lazo envolvente, a todos rodea y ata, socializando las respuestas ante las que todos se igualan, aunque, naturalmente, y según lo indicado, cada uno según su puesto, estado y condición; escala en la que, a su vez, se reproducen los modelos. De la misión y del celo de Salazar “hablaban los doctores y estudiantes en los patios de la Universidad; las becas, en sus Colegios; los caballeros, en sus conversaciones; los religiosos, en sus monasterios; los ciudadanos, en la plazas; las mujeres, en sus casas; y el pueblo, en sus corrillos; sin acabar de celebrar del todo la suerte de haberles cabido tan gran prelado y pastor”. Y es “mucho de notar que tantos Caballeros de Salamanca, ilustres por su sangre y piedad, y algunos de ellos por sus canas venerables por pasar de sesenta y setenta años, después de la fatiga de haber andado en la procesión tantas horas de noche, se acomodaban en las gradas, o en donde menos mal podían, para oír la plática, porque la muchedumbre del pueblo había ocupado el espacio desde el altar mayor hasta el cancel y puerta de la iglesia”; siendo destacable “la devoción del señor don Juan de Salazar, caballero de la Orden de Calatrava, y del señor don Antonio de Salazar, caballero también de la misma Orden de Calatrava”, y hermanos de su ilustrísima, “los cuales, imitando su santo celo, movían con su ejemplo, y promovían la causa de Dios, y el buen logro de la misión”; igualmente concurrían los canónigos con sus capas y tras acabar las horas canónicas, y que tampoco

“hallaban asiento en el coro”; los caballeros, doctores, maestros de la Universidad, y profesores de las religiones, “y todos mezclados y confusos, se acomodaban mal”, incomodidad que “no parece les pesaba a los canónigos, pues algunos de ellos decían: Ahora sí que parece esta iglesia catedral con tanta gente, toda la misión había de ser aquí”. Con la campanilla se juntaban “los niños, mujeres y personas de trabajo” de los barrios más alejados y distantes del saber que es “el sitio de la Universidad de Salamanca, madre común de las ciencias”.

Si en toda la misión hubo gran multitud de gente, el último día en que predicó Salazar “parece se conjuró la ciudad toda, porque acudió la gente con tal prevención y priesa, que a las doce estaba llena la iglesia; y la que después venía era fuerza volverse desconsolada por no poder entrar. Entre una y dos entró gran tropel de gente honrada por la portería con mucho pueblo, y no hallando en dónde acomodarse, andaban desconsolados. Subieronse al claustro, o vivienda de arriba, para abrir paso hacia las tribunas, y hallando cerrada la puerta primera que defiende las puertas de las tribunas, todo era confusión de estruendo y clamores. Desesperados muchos, subieron a la galería, y violando una puerta que estaba cerrada, subieron más arriba hasta el cimborrio o media naranja por la parte de afuera. Y de allí con más osadía algunos, se arrojaron a los corredores que rodean el cimborrio, por la parte interior de la iglesia, contentos (acaso) con sólo ver, pues de tan alta distancia no podían oír más que un delicado sonido de voces”. “Todos los Estados de la República” asistieron a la misión movidos por el ejemplo de Salazar¹³.

Finalmente, esta misión salmantina de Salazar mas perfectamente predicable y aplicable a la que podría desarrollar en los barrios de Córdoba, como decía, siempre sirve para algo. Siendo aquélla *ad intra* y penitencial como sabemos, fundamentalmente misionar, “siempre pasto saludable a las ovejas, en que se ilustra y convence el entendimiento con las verdades eternas y necesarias para la salvación y perfección cristiana; y juntamente se mueve la voluntad al aborrecimiento de los pecados, enmienda de la vida, y amor a la virtud, al aborrecimiento del vicio, y a llorar los pecados de la vida pasada, porque como dice el venerable fray Luis de Granada, una de las cosas más para sentir de cuantas hay en la iglesia cristiana es la ignorancia que los cristianos el día de hoy tienen de

¹³ CARTA..., ff. 7, 9, 12, 14, 17, 20, 21-22, 26.

las leyes y fundamentos de su misma religión”, y en que, por tanto, a todos, incluidas personas de los barrios más humildes por supuesto, se explica la doctrina, se confiesa y comulga para ganar los jubileos. En definitiva, una misión siempre para principalmente tres objetivos, a saber: Impartición y explicación de la doctrina cristiana y erradicación de su desconocimiento; arrepentimiento y conversión; y cristianización de la vida. O lo que es igual, y secuencial y consecuentemente: Conocer, creer, y obrar como es debido.

El primero, la necesidad de conocer adecuadamente los principios de la doctrina cristiana y de suprimir su ignorancia, es, en efecto, e innegablemente, el punto central del mensaje misional, y así se emite y repite una y otra vez: “El Príncipe de las tinieblas, sin duda, derrama estas ignorancias en los entendimientos de los cristianos. Porque como sea la Fe el principio de la vida cristiana, ha procurado el enemigo común poner vicio en el fundamento para que el edificio no se logre, introduciendo tan grande ignorancia de los misterios de la Fe”. Lo que debe saberse y en lo que debe tenerse “Fe explícita” son los misterios de Cristo, “especialmente de aquellos que comúnmente se solemnizan y celebran públicamente”, y “todas las verdades contenidas en los catorce Artículos de la Fe, las cuales también se comprehenden en el Credo”; y “los diez Mandamientos de la Ley de Dios, y los de la Santa Madre Iglesia, y todo lo que toca al estado y oficio de cada uno, y lo que es necesario para confesarse y comulgar dignamente, y para recibir otros sacramentos, cuando los hubiere de recibir”. Por tanto, “este negocio de la Doctrina Cristiana, que es la facultad propia de nuestra profesión”, enseña lo que hemos de creer, y lo que hemos de obrar, y los medios por donde alcanzaremos la gracia para lo uno y lo otro, que es la virtud de la Oración, y de los Sacramentos”; además de que acudir a las misiones en que la doctrina se explica garantiza la obtención de “un gran tesoro de indulgencias” concedidas por los Sumos Pontífices. La idea principal, pues, es exhortar a todos y encomendarles su asistencia a las predicaciones “para conocer los misterios divinos, y verdades eternas, y aficionarse a la virtud”, para oír las explicaciones de la doctrina cristiana, y también para ganar las antedichas indulgencias, incrementadas con la concesión por Salazar de cuarenta días de indulgencia “a todas las personas que asistieren a las doctrinas,

pláticas o sermones de la misión, por cada que asistieren”, y “el jubileo grande de las doctrinas y del artículo de la muerte”¹⁴.

El segundo objetivo es transmitir y conseguir arrepentimiento y conversión, siempre meta de cualquier misión pero más aún de una en tiempo de Cuaresma: Es indispensable confesar todos los pecados conscientes, e incluso “la ignorancia culpable” del desconocimiento de la doctrina, pues “no se puede absolver sin propósito firme de la enmienda, y sin buscar medios para conseguirla, cuales son el preguntar a quienes les puede enseñar, y el acudir a la explicación de la Doctrina, que todos los años se hace por la Cuaresma [...], como disposición previa para ganar el jubileo grande de la vida y de la muerte”. Se predica sobre el mismo sacramento de la penitencia, sobre la necesidad de no pecar, y la llamada “a no dilatar la conversión y penitencia con las memorias de la muerte”, para no caer en el infierno, en la eterna condenación. Sincero arrepentimiento y de todo corazón y dolor de los pecados, perdón de éstos, y conversión, atrición y contrición por tanto, son, pues, alusiones constantes¹⁵.

Y, por último, cristianización de la vida cotidiana, consecuencia, en lógica derivación, de los otros dos fines, porque sabemos lo que debemos creer, ha habido arrepentimiento y conversión, por ende se impone la comunicación de un determinado, y en parte nuevo, modelo de vida, de una determinada, y en parte nueva, escala de valores; en suma, de una determinada, y en parte nueva, actuación según las claves de la cosmovisión católica de la vida y de la muerte, a cuya extensión se dedica también muy amplia atención en la misión que nos ocupa. Trufada por el barroquismo imperante, y en gran medida también por la exigencia doctrinal y el rigorismo moral de la Compañía de Jesús, representada en el ya consabido padre Tirso, aunque también por la peculiar personalidad de Salazar, en dicha cosmovisión de la vida y de la muerte está toda la clásica temática de la religiosidad barroca postridentina, esto es: El rechazo de la vanidad de las cosas y del mundo terrenal, “que paran en polvo y humo”; el aviso sobre el desengaño de esta vida, ya presente en las coplillas iniciales insertas en la procesión prólogo de la misión; la necesidad de aprovechamiento, prestancia, diligencia y trabajo en y a su tiempo; la aceptación de esta vida, y por extensión de la misma misión, como oca-

¹⁴ CARTA..., ff. 4-5, 6, 7-8, 13.

¹⁵ *Ibidem*, ff. 6, 9, 10, 15-16.

sión propicia de salvación, esto es, de arrepentimiento, disposición interior y exterior y empleo adecuado de vida; la exhortación a que se siga con ahínco el ejemplo de Cristo y sobre todo su defensa, a que se correspondan fe y obras, creencia y existencia, por ser la muerte eco de la misma y propia vida -“como se vive se muere”, se dirá-, al esfuerzo por la salvación, viviendo con el santo temor de procurar entrar en aquella “por la puerta estrecha”; el juicio final particular y universal y su especial severidad; el mandato de evitar el escándalo, de hacer del amor, del desprendimiento y del perdón centro de la existencia, grabando en el corazón y realizando en la vida el primer y principal mandamiento de amar a Dios y al prójimo; el ejercicio y valor de la oración, “que riega y fecunda las plantas de las virtudes”, sobre todo la personal y mental, enseñada por el padre Tirso “con gran magisterio de espíritu para conservar y aumentar la perfección cristiana”; o la exhortación nuevamente “a la perseverancia, que es la corona de la vida, pues ya todos habían logrado el perdón general con una buena confesión y comunión, y los jubileos plenísimos”¹⁶.

Obviamente, conocer y creer bien para arrepentirse, obrar y vivir adecuada y cristianamente, en esta precisa secuencia el lema central y la cuestión cardinal del mensaje, solía tener sus consecuencias, “el fruto deseado y cogido”, en forma de muchos servicios litúrgicos y eucaristías, perdones, reconciliaciones y reconducciones de vida, y también masivas y quizás algo precipitadas recepciones sacramentales, máxime en actividad religiosa como la que nos ocupa donde el número marca su éxito, “en tantas confesiones y comuniones”, pues “muchos millares de personas fueron las que comulgaron durante el tiempo de la misión”. Los padres daban la comunión a la gente, “que llegaban con tanta priesa y ansia como si les hubiera de faltar aquel divino pan del cielo”. También “fueron muchos” los sacerdotes seculares que fueron a la iglesia jesuita a decir misa el último día de la misión “porque desde las cinco de la mañana hasta el mediodía no se desocuparon seis altares, en los cuales a un mismo tiempo celebraban sucesivamente, estando en la sacristía otros, aguardando a que acabasen los primeros”. Precedió a las comuniones el “numerosísimo fruto” de confesiones generales y particulares “que ha habido y duran hasta el día de hoy”.

¹⁶ CARTA..., ff. 7, 8, 9, 11, 13, 16, 18.

Por último, en su mayor parte las confesiones fueron generales, esto es, nítida tabla rasa y propósito expreso de enmienda clara de vida, “porque aunque se avisaba del púlpito que se confesasen entre semana los que se habían de confesar generalmente, y que el último día podían reconciliarse brevemente, porque de otra suerte era imposible dar despacho a todos juntos; pero muchísimos o porque no pudieron, o por lo que ellos se saben, reservaron la Confesión general para el último día de la misión, en que por esa causa no se pudo despachar a todos. Y así mostró la experiencia que de las reliquias de la misión quedaron otras confesiones generales que hacer por toda la Cuaresma”. Por lo que “después acá he oído quejarse con gusto algunos confesores graves: Parece eterna esta misión, pues aún hoy dura en tantas confesiones generales, con que nos hallamos molidos: Ciertamente ha revuelto hondamente la balsa de las conciencias”. Tanto, que el propio narrador expresa “decir sin escrúpulo” que al final de esta “gran misión muchos llegaron a confesarse llorando, y echando bendiciones, bien haya el señor Obispo y el Padre Tirso que tanto bien nos hacen con su Doctrina, Sermones y Exemplos”. Fervorosa misión, pues, “para florecer con mayor aumento de santidad y gracia en la perfección de vida que profesan”¹⁷.

En definitiva, una misión, suma de predicaciones, confesiones y eucaristías, todo un espectáculo audiovisual, sobre todo por el elemento del contexto, rico, creciente y complejo, para corregir y enderezar las almas. Ello exige toda una organización logística en la misma ciudad, y desde su principio hasta su final, y por eso en el acto de contrición, prólogo a la misión, “salieron a un tiempo las tropas, encaminándose, separadas, a diferentes barrios de la ciudad, con sumo silencio de todos, que llevaban los rosarios en las manos, y la atención en aquellas devotas coplillas, que como saetas fogosas arrojaban frecuentemente los religiosos de la Compañía; las cuales son unas sentencias breves que avisan el desengaño, clavando en la alma tan hondamente el arpón, que no pocas veces penetrando hasta el retiro de algunos, que estaban descuidados de su conciencia, les obligó a salir de sus casas, y, como heridos ciervos, buscar las aguas de la penitencia”. Y desde el primer sermón hasta el último que

¹⁷ CARTA..., ff. 22, 23, 24, 24-25, 25, 25-26, 26. El “hoy” del “día de hoy”, f° 23, se refiere obviamente a la fecha en que escribe el redactor y final de la carta, 23 de marzo de 1682 como sabemos.

corona la misión, toda la pedagogía que ésta exige desplegada; esto es, “un devotísimo razonamiento al Santo Cristo, que sacó en el púlpito”, y al que habló “como Pastor de todo aquel rebaño que le había encomendado”, y al que pidió “la perseverancia de todos hasta el fin, para que ninguna de sus ovejas perezca”. Y por supuesto siempre el confesonario, al que acude los confesores para instruir “las almas más de cerca con el consejo, y también santificándolas con la absolución Sacramental”¹⁸.

En el lenguaje simbólico contenido en todos esos elementos y descripciones, pues indudablemente existe todo un metalenguaje en el contexto analizado, y máxime en el marco paradójico del barroco¹⁹, puede decirse que aquí tenemos condenación y salvación, luces y sombras, día y noche, bien y mal, en la presencia de Cristo y el diablo, y, de alguna manera, quizás Cristocentrismo en el uso, abuso y gran valor conferido a la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo²⁰. Pedagogía itinerante, en las procesiones en la calle, en el paso de la misión por distintos templos de la ciudad, la geografía de la misión, que, de esta forma, se extiende. Poder de la palabra, predicada y confesada²¹. La muerte como centro arquimé-

¹⁸ *Ibidem.*, ff. 8-9, 9, 9-10, 10, 11, 13, 14, 15-16, 16, 16-17, 18, 19, 23, 25.

¹⁹ FERNÁNDEZ DE ROTA, José Antonio, “Tradición y revitalización de la experiencia religiosa”, *Demófilo. Revista de Cultura Tradicional de Andalucía*, 33/34 (2000), pp. 121-122.

²⁰ RICO CALLADO, Francisco Luis, “Las misiones interiores en la España post-tridentina”, *Hispania Sacra*, LV/111 (2003), p. 121.

²¹ VENARD, Marc, “Du carême à la mission”, en *Les missions intérieures en France et en Italie du XVIe siècle au XXe siècle: actes du colloque de Chambéry (18-20 mars 1999)*, réunis par SORREL, Charles, et MEYER, Friedrich, Chambéry, 2001, pp. 10-12. MORÁN, Manuel; ANDRÉS-GALLEGO, José, “El predicador”, en VILLARI, Rosario (ed.), *El hombre barroco*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 173-184, 189-193. PROSPERI, Adriano, “El misionero”, en VILLARI, Rosario (ed.), *El hombre...*, pp. 205-206. ARANDA DONCEL, Juan, “Los predicadores cuaresmales en el obispado de Córdoba durante el siglo XVII”, en ARANDA DONCEL, Juan (coord.), *Congreso de Religiosidad Popular en Andalucía*, Cabra, Ayuntamiento-Cajasur, 1994, pp. 67-81. NEGREDO DEL CERRO, Fernando, “Levantar la doctrina hasta los cielos: El sermón como instrumento de adoctrinamiento social”, en MARTÍNEZ RUIZ, Enrique; SUÁREZ GRIMÓN, Vicente (eds.), *Iglesia y Sociedad en el Antiguo Régimen*, III Reunión Científica Asociación Española de Historia Moderna, I, Las Palmas de Gran Canaria, Universidad, 1994, pp. 55 y ss. LEÓN NAVARRO, Vicente, “La predicación como fuente de comunicación. Sus posibilidades y límites”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 21 (2003), pp. 239-254. RICO CALLADO, Francisco Luis, “La reforma de la

dico de la religión y, sobremanera, del control de las conciencias, lo que hace arrojar masivos y repentinos arrepentimientos y propósitos explícitos de enmienda absoluta de vida²². Y, sobre todo, aparatosidad, afectividad, musicalidad, efectismo, espectralidad, hiperrealismo, escenificación, representación, teatralidad y teatralización en suma, en la útil, práctica, efectiva y experimentada pastoral y pedagogía de la misión y la predicación por la emoción y el terror de Salazar y demás predicadores -especialmente del rigorista padre Tirso-, en su “cultura misionera” o *episteme* misional²³, en sus estudiadas artes predicatorias, que, junto a las procesiones, estampas, lecturas de libros espirituales, ejemplos, y, por supuesto, la hipotiposis en la descarnada y espantosa descripción de la condenación y el fuego eterno, y la prosopopeya en los discretos y devotos coloquios y razonamientos con el Santo Cristo, la calavera o el alma condenada, provocan en los fieles persuasión, convencimientos, movimientos de copia o mimesis -repetición de las oraciones cantadas que efectuaba Salazar, por ejemplo-, y, sobre todo, respuestas y reacciones espontáneas, emotivas, sensibles y sensitivas, estirando los sentidos, a flor de piel, hasta casi el extremo, y enorme y altamente rápidas, y, por lo mismo, quizás también furtivas y singularmente muy efímeras²⁴.

predicación en la Orden ignaciana: ‘El Nuevo Predicador Instruido’ (1740) de Antonio CODORNIU”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 18 (1999-2000), pp. 311 y ss.

²² GÓMEZ NAVARRO, Soledad, *Una elaboración cultural de la experiencia del morir. Córdoba y su provincia en el Antiguo Régimen*, Córdoba, Universidad, 1998. GAN JIMÉNEZ, Pedro, “El sermón y el confesionario, formadores de la conciencia popular”, en ÁLVAREZ SANTALÓ, León Carlos; BUXÓ I REY, M^a Jesús; RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador (coords.), *La Religiosidad Popular, II: Vida y Muerte, la imaginación religiosa*, Barcelona-Sevilla, Anthropos-Fundación Machado, 1989, p. 119. RICO CALLADO, Francisco Luis, “La reforma de la...”, pp. 337-339.

²³ RICO CALLADO, Francisco Luis, “Las misiones interiores en la...”, p. 110.

²⁴ DOMPNIER, Bernard., “La Compagnie de Jésus et la mission de l’intérieur”, en GIARD, Luce; VAUCELLES, Louis de (dirs.), *Les jésuites à l’âge baroque (1540-1640)*, Grenoble, J. Millon, 1996, pp. 171-179. JAVEL, Dominique, “La pédagogie de la mission: Paroles, gestes et décors. L’exemple du diocèse d’Avignon au XIXe siècle”, en *Les missions intérieures en France et en Italie du XVI siècle au XXe siècle: actes du colloque de Chambéry (18-20 mars 1999)*, réunis par Christian SORREL et Frédéric MEYER, Chambéry, Institut études savoisiennes de l’Université de Savoie, 2001, pp. 341 y ss. LOZANO NAVARRO, Julián, *La Compañía de Jesús en el Estado de los Duques de Arcos: El colegio de Marchena (Siglos XVI-XVIII)*, Granada, Universidad, 2002, pp. 143-149. CHATELLIER, Louis,

En definitiva, una más de las muchas misiones predicadas por el solar hispánico a lo largo del Antiguo Régimen y aun después, y como también sucedió en los barrios cordobeses, medio extraordinario de evangelización cuando, por distintas razones, el mensaje cristiano no se había difundido o resultaban insuficientes los medios habituales, e instrumento eficaz sin duda para la práctica sacramental, principalmente confesión y comunión. Básicamente barroco, aunque se extiende bien por el Setecientos, hasta que la irrupción de las nuevas ideas individualistas de esta centuria quebraron la autoridad eclesial en Occidente de una manera irreversible con la consiguiente secularización progresiva de la sociedad que, como poco, pretendía reducir el ámbito de lo religioso a lo estricta y puramente personal. A cuya tarea se habían consagrado distintas comunidades religiosas, aunque especialmente capuchinos y jesuitas; cuyo teatro de actividades y operaciones fue toda la Península, si bien tal vez con más intensidad Andalucía y ambas

La religión de los pobres. Europa en los siglos XVI-XIX y la formación del capitalismo moderno, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2002, pp. 73-79, 134-137. TELLECHEA IDÍGORAS, José Ignacio, “El Real Colegio de la Compañía en Salamanca y las Misiones Populares (1654-1766)”, *Salmanticensis*, XXII/2 (1975), pp. 322-323. VINCENT, Bernard, “Les missions du Royaume de Granada”, en CORTÉS PEÑA, Antonio Luis; LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ, Miguel Luis; LARA RAMOS, Antonio (eds.), *Iglesia y Sociedad en el Reino de Granada (ss. XVI-XVIII)*, Granada, Universidad, 2003, p. 157. BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier, “Misiones y misioneros jesuitas en la Xátiva de ‘Nueva Planta’”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 17 (1998-1999), pp. 334-335. Especialmente, FERNÁNDEZ CORTIZO, Camilo, “Por una gota de miel, una tinaja de hiel’: La confesión en las misiones populares en la Galicia del Antiguo Régimen”, en BALBOA LÓPEZ, Xesús; PERNAS OROZA, Herminia (eds.), *Entre Nós. Estudos de Arte, Xeografía e História en homenaxe ó profesor Xosé Manuel Pose Antelo*, Santiago de Compostela, Universidad, 2001, pp. 281-293; y RICO CALLADO, Francisco Luis, “Conversión y persuasión en el barroco: propuestas para el estudio de las misiones interiores en la España postridentina”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 24 (2002), pp. 363 y ss.; “Las misiones interiores en España (1650-1730): Una aproximación a la comunicación en el Barroco”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 21 (2003), pp. 189 y ss., sobre todo p. 195 (definición de hipotiposis y prosopopeya); “Las misiones interiores en la...”, pp. 109 y ss.; “Las misiones populares y la difusión de las prácticas religiosas postridentinas en la España Moderna”, *Obradoiro de Historia Moderna*, 13 (2004), pp. 101 y ss.; *Las misiones interiores en la España de los siglos XVII-XVIII*, Alicante, Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003, pp. 85-394, es decir, los dos grandes capítulos y centros de su tesis doctoral, dedicados a la “teatralidad” misional, y la persuasión misional. Desde aquí, nuevamente, mi agradecimiento al autor por su consulta.

Castillas. Más bien de pueblos grandes y pequeñas ciudades que solían vibrar al unísono con las palabras del misionero; de un escenario, instrumental y técnica muy efectiva, efectista y contrastada de predicación, adoc-trinamiento, concienciación y transmisión del mensaje cristiano, mejor dicho, de una parte muy concreta de éste, el más cercano al sacrificio, el perdón y la redención, y desde luego basado en el temor y el terror a la muerte; y de consecuencias y resultados mágicos por los muchos perdones y cambios de vida y moral, pero quizás poco sólidos y, por ende, pasajeros. Dedicadas primordialmente a conmover la sensibilidad religiosa de los oyentes y provocar en éstos un sentimiento de culpabilidad que les llevara a la recepción de los sacramentos, en las misiones populares sin duda hubo también algo de cuantitativo en su eficacia pretendida, y asimismo mucho de búsqueda de efecto psicológico en la forma de orientar la predicación. Sermones interminables, largas procesiones, vía crucis, predicaciones en los cementerios, y confesiones y comuniones multitudinarias, componen los ingredientes principales de la misión popular. Basadas en una concepción individualista de la salvación, como he dicho, las misiones populares desarrollaron una doctrina muy simple contenida en la inscripción que las recordaba en las cruces de las iglesias, a saber: “Ten, cristiano, en la memoria muerte, juicio, infierno y gloria”. Los gritos de “¡salva tu alma!” proferidos por los misioneros eran como una llamada a una conversión individual, fundamento y objetivo último de las misiones populares, tan exitosas en prolongados periodos de la historia de la Iglesia²⁵.

Pero fenómeno complejo y multiforme también donde los haya, y no sólo precisamente por lo estrictamente espiritual, las misiones populares tienen también otras facetas, derivaciones o implicaciones en y con distintos ámbitos, y también han sido vistas como indicativos de lo social, lo propiamente dicho religioso, y lo cultural.

²⁵ DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *La sociedad española en el siglo XVII*, II: *El estamento eclesiástico*, edición facsímil, Granada, Universidad, 1992, II, pp. 176-179. GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando, “La Iglesia en España: organización, funciones y acción”, en ARTOLA GALLEGU, Miguel (dir.), *Enciclopedia de Historia de España*, III. *Iglesia. Pensamiento. Cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 49-50. RUIZ SÁNCHEZ, José Leonardo, “Cien años de propaganda católica: Las misiones parroquiales en la archidiócesis hispalense (1848-1952)”, *Hispania Sacra*, L/101 (1998), p. 324. FERNÁNDEZ DE ROTA, José Antonio, “Tradición y...”, pp. 117-118.

En el primer sentido, se ha señalado, en efecto, la misión como revulsivo social, cuya repetición sistemática proporcionaba a pueblos y ciudades una serie de beneficios tales como alejar los escándalos, restituir la fama y hacienda robadas, extinguir las enemistades, restablecer la piedad y la paz doméstica, suprimiendo, por ejemplo, amancebamientos o blasfemias, algunas de las desviaciones más importantes, excitar los remordimientos de la conciencia, y, por supuesto, afirmar las convicciones religiosas y despertar a los pecadores inveterados y empedernidos de su sueño de muerte²⁶; en suma, como instrumento de “pacificación social”, pues, al eliminar las rencillas existentes en las comunidades misionadas, uno de sus primordiales objetivos, como ya sabemos, creaba o imponía “una convivencia asentada en unos presupuestos ideológicos que abundaban en el conformismo y el sometimiento a las autoridades tanto civiles como religiosas que, de acuerdo con los principios defendidos por los misioneros, debían actuar de un modo paternalista no sólo en el terreno de la moral sexual, sino también el económico-administrativo”²⁷.

En la consideración de la misión como herramienta estrictamente religiosa, de cristianización, evangelización o forma especialísima de predicación, dos han sido los aspectos que más se han resaltado: La durabilidad de los frutos y resultados conseguidos por los misioneros, por lo general escasa, por lo que, desconfiando éstos de dicha continuidad y permanencia, se precavían clausurando las misiones con el sermón de la perseverancia, en el que se exponían distintos remedios para “*perseverar en la gracia*”, como la misa diaria, el rezo frecuente del rosario en familia, la confesión y comunión frecuentes, o la fundación de congregaciones para garantizar cierta frecuencia en dicha práctica sacramental, difundiendo la obtención de indulgencias como las de los “*siete años y siete cuarentenas de perdón*”, que ganaban los que se confesaban y comulgaban mensualmente, y finalmente implantaban el “Jubileo del mes” en una o dos iglesias parroquiales en las comarcas visitadas por los misioneros, con la consiguiente obtención de indulgencias previa comunión

²⁶ MATEO AVILÉS, Elías de, “Las santas misiones en la diócesis de Málaga durante el siglo XIX”, en ÁLVAREZ SANTALÓ, León Carlos; BUXÓ I REY, M^a Jesús; RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador (coords.), *La Religiosidad...*, II, p. 181.

²⁷ RICO CALLADO, Francisco Luis, “Las misiones interiores en la España...”, p. 111.

en un domingo preestablecido del mes²⁸. El otro rasgo subrayado lo constituye el ser la misión primera piedra, origen y desencadenante, en realidad, de nuevas formas de piedad, difíciles para los fieles, algo atípicas en el contexto de la religiosidad de la época, marcadas por el individualismo y la oración mental, y de alta exigencia espiritual, una vuelta al fervor, a la vida auténtica cristiana, una “vida nueva” en el seno de una comunidad igualmente reformada y regenerada, una nueva devoción, o nuevo modelo de vida religioso “devoto”, que tiene en el examen de conciencia, la meditación y la organización de congregaciones algunos de sus principales vértices²⁹, y que, en éstas últimas, trata de fomentar y desarrollar, entre otros fines, un “aparente ‘igualitarismo’ devocional”, aval, sin embargo, de “las diferencias sociales a través del reforzamiento de la humildad y, consecuentemente, la obediencia, tal y como deja entrever la concepción que tenían los misioneros de la caridad que fue una de las actividades más importantes de las congregaciones jesuitas”³⁰.

Por último, estaría la tercera dimensión o faceta de la misión, amplia, rica, sugerente y preñada de símbolos, la misión como fenómeno o creación cultural, y por ende “acción ritual que implicaba a la colectividad”, como construcción o elaboración, visión que participa de las aportaciones de Geertz o Turner, y que establece “una descripción funcionalista, no estática, de los procesos culturales, destacándose los aspectos contextuales y la dinámica cultural propia de las comunidades estudiadas”³¹; y la misión como conquista del mundo popular en los países católicos, enten-

²⁸ FERNÁNDEZ ROTA, José Antonio, “Tradición y...”, pp. 119-120. FERNÁNDEZ CORTIZO, Camilo, “Por una gota de...”, pp. 293-294, subrayado del autor.

²⁹ TELLECHEA IDÍGORAS, José Ignacio, “El Real...”, pp. 301-302. GONZÁLEZ LOPO, Domingo, “Un nuevo modelo de espiritualidad laica: las congregaciones jesuíticas y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en el siglo XVIII” en FERNÁNDEZ CORTIZO, Camilo; GONZÁLEZ LOPO, Domingo; MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, Enrique (eds.), *Universitas. Homenaje a Antonio Eiras Roel, I: Historia*, Santiago de Compostela, Universidad, 2002, p. 357. RICO CALLADO, Francisco Luis, “Las misiones interiores en la...”, pp. 113-123; “Las misiones populares y la...”, pp. 101 y ss.

³⁰ RICO CALLADO, Francisco Luis, “Las misiones interiores en la España...”, p. 113.

³¹ *Ibídem*, pp. 124-125.

diendo los elementos de aquélla como instrumentos de culturización³². Y todo, y como ya se adelantó, para “dar pasto saludable a las ovejas que Dios le ha encomendado, comenzando por el eficacísimo medio de una general, y fervorosa misión, en que -es el fin de la misión- se ilustra y convence el entendimiento, con las verdades eternas, y necesarias para la salvación, y perfección cristiana; y juntamente se mueve la voluntad al aborrecimiento de los pecados, enmienda de la vida, y amor a la virtud”³³.

Decía que para la religiosidad de los barrios cordobeses teníamos devociones, instrumentos y manifestaciones. Para éstas, finalmente, cultos, en forma de triduos, quinaros, septenarios, y por abundantes motivos: Matrimonios, natalicios y defunciones reales; éxitos de campañas y empresas políticas, beatificaciones y canonizaciones. Rogativas, por cese de contagios, exceso de aguas o necesidad de las mismas, como las que impulsó, por ejemplo, el obispo fray Antonio Mauricio de Pazos y Figueroa cuando en 1583, el mismo año que creaba el seminario diocesano conciliar, ante las importantes dificultades económicas “por gran necesidad de agua”, hasta el punto de que “el año fue el más estéril”, el cabildo debió tomar censos “y despachar prebendados a los puertos para que comprase trigo ultramarino para remediar las necesidades de sus ministros y socorrer a sus labradores”, pereciendo muchas personas “que se habían reservado de la peste”, aumentando el número de pobres en tal cantidad, que se vio lo más conveniente su reparto, al menos de los más necesitados,

³² PROSPERI, Adriano, “El misionero”, pp. 232-239, nuestra guía en este punto. En este último sentido, y en términos teológicos, el enfrentamiento se produjo entre los sostenedores de la *fides implicita* y los de la *fides explicita*. Dada la complejidad del saber teológico, se convenía en que sólo un número muy exiguo de cristianos podía adentrarse en los misterios de la fe, pero fijar cuál sería el núcleo de conocimientos indispensable para la salvación se convirtió en la cuestión fundamental. En su tratado *De procuranda -o promovenda- indorum salute* el padre Acosta dedicó un vigoroso capítulo a polemizar con quien consideraba que a los cristianos “más rudos” les bastaba la *fides implicita* y que, por tanto, no era necesario creer explícitamente en Cristo, interpretación que convirtió a la ignorancia en el problema misionero por excelencia: De las campañas europeas llegaban dramáticos informes. Los campesinos ignoraban incluso cuántos eran los dioses cristianos; en Baviera se decía que eran siete, como los sacramentos; en Ebolí, en el reino de Nápoles, que cien, mil, y aun un número mayor; en suma, se trataba de una situación que no podía resolverse con iniciativas excepcionales, sino que eran precisas una organización estable y una estrategia eficaz.

³³ CARTA..., ff. 2-3.

entre “las personas posibilitadas así eclesiásticas como seglares”, así como propiciar nuevas imprecaciones³⁴. Y por supuesto, procesiones, las que van unidas a la eclosión de fenómeno penitencial a partir de Trento, y contenido esencial de la religiosidad popular barroca, o las copiosa y generosamente extendidas a lo largo del año de las asociaciones gremiales y que dan el tono a los barrios de la ciudad casi sin tregua, por la debida y cortés correspondencia entre las distintas agrupaciones laborales de la época.

Por su parte, la presencia de la muerte, ordinaria y catastrófica, personal y colectiva, natural y violenta, es una constante en la sociedad cordobesa del Antiguo Régimen³⁵. Motivos, muchos y continuos: Epidemias, hambrunas, invasiones, catástrofes naturales y humanas. Pero se calibra perfectamente su impacto en los barrios cordobeses, que es lo que en este texto importa, cuando se contempla cómo reaccionaron cuando falleció alguien envuelto en fama de virtud y santidad, justo lo que pasó al abandonar este mundo la sierva de María Santísima María Salvadora Álvarez, y que solo puede entenderse en una sociedad en que lo sacro y lo profano forman casi indisoluble unidad, hasta el punto de ser narrado por un escribano y participar casi toda la ciudad, eso sí, cada uno “según su estado y condición”, no se entendería de otra forma en la sociedad de la época. Pero dejemos hablar al protagonista de la narración: “Habiendo acabado la fiesta que anualmente se hace a dicha santa imagen en la Pascua de Espíritu Santo en este año de 1760, que el último día de ella fue el 27 de mayo, en el día 28, habiendo colocado en su altar a la Señora, le asaltó a la referida María un recio dolor de costado, del que fallecía en el día 3 de junio, y en el día cuatro se enterró en la iglesia parroquial de santa Marina con entierro solemne en esta forma: A la parroquia se seguía el cuerpo, y a éste una multitud grande de mujeres devotas rezando a voces el santísimo rosario con cirios encendidos en las manos, y cerraba este coro el estandarte de Nuestra Señora, y luego se siguió un singular concurso de señores eclesiásticos seculares y un gran número de religiosos de todas sagradas religiones, con mucho acompañamiento de seculares, que no cabían en la iglesia de santa Marina, habiéndose extendido la procesión de entierro, para dar lugar al concurso, desde la puerta del Rincón a la

³⁴ GÓMEZ BRAVO, Juan, *Catálogo de los...*, II, pp. 524-527.

³⁵ GÓMEZ NAVARRO, Soledad, *Una elaboración...*, pp. 11-80.

plaza de la Fuenseca, y desde ésta seguir hasta la Puentezuela que llaman de doña Mariana, y desde allí seguir en derechura hasta dicha iglesia parroquial de santa Marina; sea todo para gloria de Dios y descanso del alma de su sierva, Amén”³⁶.

En cuanto a lo profano, en motivos y recursos, una oferta asimismo bastante amplia, a veces aun para celebrar algo que rechazaría la sensibilidad actual. Así, y entre los primeros, siempre momentos de crear y reforzar sociabilidad, los barrios cordobeses celebran y frecuentan carnaval, ferias, actos de las organizaciones gremiales -como ya se ha dicho-, el teatro, los ajusticiamientos, las visitas de personajes importantes y acontecimientos reales, paseos y baños, o sucesos curiosos y esporádicos como cuando se conoció la llegada al campo de la Merced de un individuo forastero que intentó ascender en un globo impulsado por aire caliente. Para ello, y es lo relativo a los instrumentos de celebración, juegos de artificio y luminarias, justas y ayuntamientos, bailes, bebidas apetecibles y recreo, fiesta, en definitiva; y casi siempre -por no decir siempre- toros, y no uno o dos, sino hasta ocho, diez o más. Si bien, y en todo caso, con vigilancia por el poder -civil y religioso- procurando la contención, la moderación, la moralidad, pues “como aquellas -las ferias- se celebran en las estaciones más rigurosas del año, resulta una concurrencia numerosa por la noche en aquel paraje en las gentes de ambos sexos esparcidas por el dilatado campo y sus inmediaciones, que se hallan situadas en un terreno alto, montuoso y con huertas inmediatas, cuya espesura presta fomento para todo género de excesos imponderables y más cuando la citada concurrencia tiene su mayor fuerza en la venta de comestibles, bebidas heladas y licores desde poco antes de oscurecer hasta las dos o las tres de la mañana”³⁷.

³⁶ Córdoba, 28 de mayo de 1760: Descripción de muerte y entierro de la sierva de María Santísima María Salvadora Álvarez, que cuidaba del culto de Nuestra Señora de Ribargorda: Archivo Histórico Provincial de Córdoba, Protocolos Notariales de Córdoba, escribano José Fernández de Córdoba, 7, Leg. 1411 (1760), s.f.

³⁷ Escrito del alcalde mayor de la ciudad D. José Jacinto Cebrián, finales de junio de 1789, dirigido al Consejo de Castilla: *Apud.*: ARANDA DONCEL, Juan, *Historia de...*, p. 279; en conjunto, para este apartado y en todo el Antiguo Régimen, pp. 119-133, 273-283.

Por lo concerniente a lo sacro y lo profano, finalmente, que es lo más habitual y frecuente en la sociedad española del Antiguo Régimen, en general, y cordobesa, en particular, dada la consabida casi imposible separación entre ambas esferas y niveles en aquella cosmovisión cultural -y que simboliza la cruz, como la de la Catedral o la del colegio de Santa Victoria que se ven desde cualquier punto de Córdoba-, en primer lugar lo real y más constante y recurrente, esto es, desastres naturales -epidemias, malas cosechas, efectos también casi siempre juntos y a la par- y motines, como sucedió en el barrio del Espíritu Santo Campo de la Verdad en 1650, cuando la epidemia de landre, tras recorrer otras collaciones algunos años antes, se cebó especialmente en aquella demarcación cordobesa y por ello recibió los socorros de prácticamente toda la ciudad; o en san Lorenzo con motivo del famoso motín de 1652, desarrollado durante varias jornadas, sentido asimismo en todas las collaciones, y de considerable peligro por el vacío de poder político pese a los esfuerzos por mantener el orden del obispo Tapia³⁸. También, en segundo lugar, el mantenimiento de la organización económica y social, lo que tampoco debe descuidarse por ser objetivo de la máxima importancia teniendo en cuenta que eclesiásticos y nobles encarnan los estamentos privilegiados y que aquel orden pelagra si se cuestionan moralidad -aceptando brujería, pecados y herejía- o ingresos, si se orilla el pago de muy conocidos impuestos como el diezmo, como evidenciaban la masiva aglomeración popular en la plaza de la Corredera o al Marrubial cada vez que había “Autos de fe” y cumplimiento de su correspondiente sentencia en su famoso quemadero; o los sucesos acaecidos en el barrio de la Magdalena cuando en 1600 la comunidad de religiosos de san Juan de Dios, allí residentes en el otrora hospital de san Lázaro, se negaron al reclamo del ca-

³⁸ RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, Teodomiro, *Paseos por...*, pp. 487, y 76-77, respectivamente. También: GÓMEZ BRAVO, Juan, *Catálogo de los...*, II, pp. 656-681 para la figura y actuación del prelado, pp. 671-674 para el motín. En cuanto a la interpretación historiográfica del famoso proceso: DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *Alteraciones andaluzas*, Sevilla, Junta de Andalucía-Consejería de Educación y Ciencia, 1999, pp. 143-152, sobre todo 205-209, y 233-234. GÓMEZ NAVARRO, Soledad, “El poder civil y el poder religioso ante lo extraordinario: epidemias y agitaciones sociales en la Europa moderna”, en PELLERITI, Enza (a cura di), *Per una ricognizione degli “stati d’eccezione”. Emergenze, ordine pubblico e apparati di polizia in Europa: le esperienze nazionali (secc. XVII-XX)*, Soveria Mannelli, Rubbetino Editore, 2016, pp. 52-54.

bildo catedralicio que les exigía “los caídos del diezmo de los frutos de las posesiones de su pertenencia, a lo cual se opuso aquélla, considerándose exenta o libre de tan pesada carga, por ejercer la hospitalidad”, lo que ocasionará pleito contra el cabildo, mediación del obispo, y finalmente -porque no podía ser de otra manera-, “todo se convino”, tras “varias conferencias, proposiciones y negativas por ambas partes”, en que el citado hospital de san Juan de Dios “pagase el diezmo de sus fincas, exceptuando el ganado lanar y la huerta que está a su inmediación, y que el cabildo perdonase los atrasos reclamados”, momento en el que los religiosos “pidieron la absolución de las censuras contra ellos fulminadas [excomunión], a lo cual accedió el obispo, celebrándose un acto público en la iglesia de la Magdalena”³⁹. Pero también, y en tercer lugar, lo extraordinario, anómalo y transgresor, posible e imposible, real e irreal, fantasioso y veraz, privado y público, material e inmaterial, lo conocido y desconocido, lo portentoso e inexplicable, lo sorprendente e insólito, y precisamente en lo que a continuación me fijaré por ser lo menos atendido y no poco interesante. Todo ello sentido en toda Córdoba, aunque de especial y singular memoria, según los casos, en unos barrios más que en otros y por ello la ciudad se volcó especialmente con los más afectados. Y todo ello, también siempre justificado por la mentalidad de la época como castigo a los pecados humanos, lo que revela esa antedicha genuina mixtura entre lo religioso y lo laico, lo espiritual y lo temporal, lo intrascendente y lo inmanente, tan característica de aquella cosmovisión, y de ahí que aparezca en este punto en que tratamos las expresiones de lo sacro y de lo profano conjuntamente.

Lo sacro y lo profano en su laberinto: Lo transgresor, insólito e inexplicable

Conviene, efectivamente, mostrar este plano, con frecuencia escamoteado por la academia, pero sumamente interesante, pues, tras su aparente fantasía, se esconde no poca realidad y utilidad sociales, como veremos, frizando lo social y lo cultural, lo sociocultural, o una historia cultural de lo social, si se prefiere, y facetas ambas muy presente en el hontanar en

³⁹ RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, Teodomiro, *Paseos por...*, pp. 62-63, y p. 43, respectivamente.

que para ello me apoyaré, los muy conocidos *Paseos por Córdoba*, de Ramírez de Arellano y Gutiérrez⁴⁰.

Como el mismo don Teodomiro apuntó, ciertamente son tantos los materiales que esta obra brinda al historiador, tantas sus perlas y utilidades, tantas sus informaciones para lo sacro y lo profano explicable e inexplicable, transmisible e inefable, que apenas queda nada sin cubrir de lo que pueda imaginarse. Cementerios, parroquias, conventos, vida y costumbres de antaño, relatos fantasmales entre el milagro y la fantasía, tradiciones, calles, plazas, visitas reales, palacios, mesones, devociones antiguas, sucesos extraños, fiestas, coronaciones, epidemias, guerras, motines y revueltas, inundaciones, industrias, mercados, profesiones, lances y romerías, sucesos todos, en suma, de la historia local que, en abigarrada y apretada secuencia, armonizan, se dan cita y pasan por sus diversos relatos, creíbles o increíbles, lógicos o no, pero por los que podemos conocer las infraestructuras de la ciudad sobre todo medieval y moderna, el más

⁴⁰ Ya reflexioné sobre ello y un avance de lo mismo en *Historiar desde las fuentes secundarias: Los Paseos por Córdoba y lo insólito en una ciudad del Antiguo Régimen*, Córdoba, Academia Andaluza de la Historia-Diputación, 2014. Sobre el cuestionamiento historiográfico de aquéllos para conocer el pasado cordobés, si bien, efectivamente, su autor no facilita sus referencias -simplemente porque no se ocupó de ellas, como por lo demás es propio de la erudición decimonónica y antes de que me emerja la historiografía como disciplina canónica-, considero, empero, que es muy recomendable su uso, a cuyo propósito basten solo cuatro ejemplos, entre muchos otros, para avalar mi argumento: Su narración de la muerte, acompañamiento y entierro de María Salvadora Álvarez, mujer de fama y virtud por cuidar de la imagen de Nuestra Señora de Ribagorda, es tal como lo hallé en los protocolos notariales cordobeses, y hemos visto en este mismo texto; cuando los pleitos entre parroquias y/o conventos por derechos de funeración aparecen en los inventarios *post mortem* constan como los narra el erudito cordobés; la mortandad por las epidemias de 1649-1650, 1685 ó 1785 en la collación de santa Marina, verbigracia, entre muchas otras feligresías de especialmente la Axerquía, así como las reacciones de los barrios ante las mismas, se produjeron tal cual la recogen los *Paseos*, como pude comprobar en los archivos parroquiales de la ciudad; su incredulidad, finalmente, de que fuera la ociosidad la causante de que las mujeres cordobesas estuvieran privadas de disfrutar de los gananciales coincide plenamente con la iniciativa emprendida a finales del Setecientos por el diputado del común don Blas Manuel de Codes para extirpar tan injusta situación. Pero no baste mi testimonio: Pueden conocer perfectamente el inicio, desarrollo y desenlace del ya citado motín de Córdoba de 1652, en el contexto de las conocidas alteraciones andaluzas de mediados del Seiscientos, por la descripción que realizó don Teodomiro, y como asimismo ya sabemos el mismísimo Domínguez Ortiz hizo.

mediato pasado del escritor; el número y distribución de sus habitantes, sus medios económicos, su organización social y política; su conflictividad, su vida cotidiana, en suma, compendio de lo privado y lo público, de lo civil y lo religioso, de lo racional e irracional, de lo material e inmaterial. Y por aquí adentro en la posibilidad que entre todas centra el último apartado de este texto.

En efecto, de todas ellas he elegido una que remite a lo cultural, faceta indudablemente parte de lo cotidiano, pero que ajusta, centra y perfila un espacio concreto dentro de lo extraordinariamente bulímico de 'lo cotidiano', pues me fijaré en una dimensión o faz de lo cultural como es, en concreto, la ligada a lo rompedor, lo fantasioso, el imaginario colectivo, a la Córdoba estrambótica, sorprendente, extraña, insólita; en suma, a la irregularidad, tan querida al historiador de lo cultural; aunque en realidad debería decir que me ocuparé de los cordobeses estrambóticos, sorprendentes, extraños e insólitos que habitaron los barrios cordobeses, porque la cultura humana no tiene sentido sin la sociedad, porque, como suelo afirmar, si algo siempre tiene la cultura es rostro social, por lo que, en verdad, lo que debe hacerse y propongo es una historia social de lo cultural⁴¹. Los relatos que para ello he manejado -y cubro así la indispensable reflexión metodológica- son exclusivamente legendarios, es decir, totalmente inventados, fantasiosos o novelescos; en ningún momento, pues, narraciones reales e históricas, porque si alguna vez aparecen algunos personajes reales, el contenido es totalmente irreal. Con ellos como instrumento les acerco a una parte de la historia de los barrios de Córdoba, principalmente la cultural; a un tiempo, principalmente entre el medieval y el contemporáneo; y a una realidad histórica, esta sí, totalmente específica, pues los ítems que permiten el análisis de los relatos -barrios, calles, lugares concretos, fechas, protagonistas y temas tratados- revelan lo que, tras la invención, aquéllos esconden, es decir, conflictos y tensiones sociales, búsqueda de protección en la religión, supercherías y creencias populares, castigos providenciales, muertes violentas, o claves de moralidad. Pero veamos unos pocos datos que permitan dibujar el cuadro indispensable de acción.

⁴¹ CHARTIER, Roger, *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1999. Y, sobre todo, LLOYD, Christopher, *Explanation in Social History*, Londres, Basil Blackwell, 1986; *The Structures of History*, Oxford, Blackwell, 1993.

Salvo error u omisión, setenta han sido los relatos recopilados para este análisis cultural a través de los *Paseos*, esparcidos por prácticamente las quince collaciones de la Córdoba moderna y repartidos de forma bastante homogénea por todas ellas, pues la media de unos cinco relatos por barrio solo la superan los de la catedral, Magdalena, san Andrés, san Miguel y el Salvador y santo Domingo de Silos, por lo que es claro que no se detecta una especial relación entre la importancia del barrio/zonas y el número de relatos, sino que se extienden generosamente por toda la ciudad.

Por su parte, las calles y los lugares concretos donde se narran los distintos sucesos permiten localizarlos por lo general fácil y bastante seguramente. La diferencia entre calles y lugares se explica porque en algunas ocasiones las calles o plazas son el mismo recinto de la parroquia, núcleo que es el que Ramírez de Arellano utiliza y de donde parte para la descripción de los distintos barrios, como todos sabemos, pero como es más frecuente la información de los lugares concretos, se refuerza la ubicación específica de los relatos y aun hoy la posibilidad de hallarla, al no ser raras aclaraciones como el “nicho con puertas” detrás “del sagrario” parroquial para la Magdalena⁴², la casa número siete de la calle Muñices de la misma parroquia, el marmolillo delantero de la puerta principal de la parroquia de san Andrés, la torre Malmuerta, o el molino cercano a la puerta del Colodro, en santa Marina, succulenta pista, en este caso, de artefactos industriales hoy desaparecidos.

En cuanto a la cronología de los relatos, sobre la generosa base de los que aportan este para el historiador indispensable dato, es claro y rotundo el dominio de la época moderna -treinta y un relatos- con casi el 68% del conjunto, frente a la precedente -cinco relatos- y la siguiente -diez-, balance probablemente debido a la distancia o cercanía de la época, caso de la época medieval o la misma contemporánea en que vive el autor, y, sobre todo, a la mayor disponibilidad de las fuentes que aquél consultó para la elaboración de su obra. Es cierto que a veces cae en cierta inconcreción, como cuando solo dice que sucedió a mitad del siglo XVII, que fue en tiempos del dominio árabe, o ha de presumirse la fecha por algún otro dato indirecto como la construcción de un edificio que sí conocemos fehacientemente, pero son los casos menos frecuentes y desde luego lo

⁴² RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, Teodomiro, *Paseos por...*, p. 23.

menos relevante frente a la frecuencia repetitiva de ciertas épocas en que suceden los eventos, como el *Corpus Christi*, la Semana Santa o día concreto de ésta, y esto sí es importante porque apunta a la regularidad de los comportamientos o a su ruptura, que es lo que al historiador de lo cultural le interesa y lo que brindan los *Paseos* como fuente.

Por lo concerniente a sus protagonistas, los relatos traen al espectador un rico cuadro de todos los grupos sociales, desde la nobleza hasta la marginación, pasando por el clero regular y el secular; porque si bien se detecta cierta mayor presencia, aunque por muy poca diferencia, del estado llano solo como protagonista de algunos sucesos, y aun la frecuente concurrencia de la nobleza, en realidad la observación más repetida y sólida en este análisis sociológico de la fuente es la participación de varios elementos de la sociedad conjuntamente en un mismo relato como para indicar que todos pueden ser sujetos de estas historias inexplicables y sorprendentes, y, sobre todo, la aparición de elementos que siempre marcan social, moral y racionalmente.

Socialmente, en la marginación y la delincuencia de los gitanos a los que se culpó del robo de una alhajas religiosas en el barrio de la Magdalena, aunque falsamente porque el verdadero culpable fue descubierto nuevamente por otra bella gitana; de los moriscos de la casa de los condes de Cabra, luego convento de capuchinas, a los que un alma en pena en forma de soldado silenció y ahuyentó por sus frecuentes escándalos; de los ladrones que entran a robar a la casa de don Luis Fernández de Córdoba, en san Lorenzo, o al hospicio de san Bartolomé, en la collación de santa Marina, ahuyentados por la providencial acción del beato Posadas en forma de repique milagroso de las campanas, o de los asaltantes que en plena calle atacan a don Clemente de Cáceres cerca de la capilla de los Ángeles, hoy ermita del Socorro, y de lo que le salva, precisamente, la indudable protección de la imagen de esta advocación.

Moralmente, porque siempre hay castigo para las conductas reprobables, como el que en el molino cercano a la puerta del Colodro sufrió el hijo que maltrataba a su madre y cohabitaba con la esposa de otro, al caérsele encima “la pared que tenían más cerca” y que el día anterior a su encuentro furtivo amoroso estaba en perfecto estado⁴³; las personas en-

⁴³ RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, Teodomiro, *Paseos por...*, pp. 115-116.

tregadas al alcohol, como le sucede a quien asesinó a un amigo suyo, sastre en san Andrés, y por lo que siempre le perseguiría su conciencia, pese a acogerse a sagrado en la parroquia, como en un principio decidió; a la brujería y sus encantamientos, como descubrieron el mismo Ramírez de Arellano y sus amigos ante una conocida embaucadora del barrio de Santiago con la trampa de una mentira que fehacientemente sabían tal y que claramente la desenmascaró; la herejía, como ocurrió a ciertos criptocristianos en 1641 por la profanación del santuario de la Fuensanta, y a los que pusieron en su sitio el desagravio realizado por toda la ciudad a tan venerada imagen; la prostitución, como manifiesta el relato situado en la calle Caño en que una madre desnaturalizada es castigada por la Providencia convirtiendo a su hija en ternera que constantemente la atormenta con sus apariciones espectrales, o la implicación judicial de una anciana de no muy loable reputación en el asesinato sucedido en la casa número trece del mismo barrio de san Miguel.

Y por supuesto relatos que siempre impactan racionalmente porque con general frecuencia escapan a la explicación sensata de la mente humana, como dan pie los aparecidos en forma de almas en pena; el demonio o una legión de demonios que acompañan a un rector de la Magdalena muy obeso y aficionado a lo ajeno, por cierto, o al mismo san Álvaro de Córdoba, respectivamente, cuya oración constante, sin embargo, logra salvar el alma de una monja del monasterio de las Dueñas a la que los diablos amenazaban y que cobran su coraje destrozando el brocal del pozo del cenobio donde estuvieron esperando; las damas misteriosas no identificadas, que en muchas ocasiones acaban siendo la misma muerte, como en el relato de la calle Abrazamosas; los duendes que moran con personas reales, como el de la conocidísima casa de la calle Almonas; los espectros del pasado en forma de apariciones aunque a veces sean beneficiosas, como sucede con los santos varones del descendimiento que avisan a una mujer en la plaza de la Magdalena de la inminente muerte de su hijo; un santo camuflado de fraile trinitario, como el que cambió radicalmente la vida de un miembro de la noble familia cordobesa de los Ríos hasta el extremo de abrazar la vida religiosa en un convento de la misma orden en Andújar y morir ahí en opinión de santidad. O, en el más difícil todavía, mezclar lo social, lo moral y lo racionalmente, el poder político, la marginación y lo irreal inexplicable, como sucede en el relato de la casa de los Villalones donde se castiga la atrevida curiosidad de una jo-

ven, participando el corregidor de Córdoba como padre, su hija, una gitana vieja y harapienta, y un joven prisionero “enterrado” vivo muy rico⁴⁴.

La gama de temas posibles en los relatos, finalmente, es amplia, incluso de gran variedad, pero si se agrupan los de contenido similar, con un solo asunto exclusivo o dominante en cada uno de ellos, el panorama se aclara bastante, resultando tres puestos importantes, y un cuarto más con más de una temática.

Así, y dentro de un solo asunto insistimos, destaca en primer lugar el claro dominio del ámbito religioso, con treinta y cuatro relatos diferentes, lo que, sobre los setenta totales, representa el 48,57% de la muestra global, muestra que aun se incrementa si se le suman los que remiten a la superstición porque casi siempre mantienen vinculación con lo religioso, que son siete relatos, incluso los de leyendas, por la misma razón, que son tres, y obviamente los de carácter moralizante por la vinculación de los comportamientos a la fe; balance que concuerda con el ya mencionado carácter esencialmente religioso de la sociedad preindustrial cordobesa que es la que Ramírez de Arellano retrata básicamente, como sabemos y ya se ha dicho. A su vez, el detalle de aquellos relatos de signo inequívocamente religioso subraya este carácter, al dominar los que priman el castigo divino ejemplar -diecisiete relatos-, seguidos por los que relatan milagros -cinco-, creencias populares y ejemplos moralizantes a imitar -cuatro relatos cada uno-, fomento de devociones populares, en concreto a la Virgen de la Fuensanta -dos relatos-, el anuncio de un futuro encuentro en el cielo, y el martirio con un relato cada uno, como el del barrio de La Magdalena donde se narra la ya mencionada aparición de los santos varones del descendimiento para anunciar a una mujer que se encontraría con su hijo en el cielo, y el de las monjas de un convento femenino existente donde luego se instalarían los mínimos de san Francisco de Paula, en san Nicolás de la Villa, que optan por arrojar a un pozo ante la posible violación de sus personas y votos por los fieles de Alá, lo que consigue la cristianización de algunos de éstos ante tal muestra de virtud.

Siguen en segundo lugar los relatos de carácter social y político y, por tanto, de inspiración claramente humana, nueve en total, aunque con claro dominio del segundo ámbito sobre el primero. De índole social son los

⁴⁴ RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, Teodomiro, *Paseos por...*, pp. 142-143.

tres en que se expresan los celos como tema o la venganza por celos o la pérdida de la honra femenina, como en el relato del barrio de la Magdalena en que se narra el ataque fallido a la honra de la esposa por celos injustificados del marido y la muerte del abusador quien mantenía en su mano una nota que demostraba la inocencia de su cónyuge, colocándose un crucifijo conmemorativo en el lugar; o el del barrio de san Andrés en que un noble fingió perdonar la infidelidad de su esposa aunque acaba con su vida después aprovechando su relajación por enfermedad. De carácter político, por su parte, son las seis narraciones restantes donde se explicita la toma de justicia por mano de los nobles, la altanería nobiliaria, las luchas y bandidajes nobiliarios, y los castigos ejemplares del rey y de la justicia, como en las descripciones de san Nicolás y san Eulogio de la Axerquía, donde se detalla el castigo del rey Pedro el cruel a un mesonero por su codicia y mal hacer, y la sentencia judicial a pena mayor a un pastelero que por celos infundados había matado a su esposa e hija, respectivamente.

Y en tercer lugar seis relatos tienen como eje central la muerte violenta, bien por asesinato -cuatro narraciones-, por homicidio o por suicidio, con un relato cada concepto, como decidió, en este último caso, y en un gesto indeleblemente romántico quizás por influjo del momento histórico-literario en que se produjo, el protagonista del hecho acaecido en la casa número dos de la calle Osario en 1853, cuando su amada se negó a reanudar las relaciones amorosas que ambos mantenían.

Al margen de este balance con un solo asunto dominante, están los once relatos donde aparecen más de una temática diferente a la vez, como ya anuncié, y que al ser difícil su separación, categorizo de esta manera. Son, pues, el miedo a la muerte y la superstición, el dominio masculino sobre la esposa y la violencia de género, o la soberbia nobiliaria y el aplicar ésta la justicia por su mano de varios relatos de san Lorenzo; la prepotencia, el poder político y la influencia social de la nobleza de otro más en san Andrés; el motín social, la persecución contra los judíos, la superstición por falso milagro y el ajuste de cuentas entre nobles altaneros en un hecho de san Nicolás y san Eulogio de la Axerquía; el asesinato y la arrogancia nobiliaria sin límites, o el castigo providencial ejemplar y la superstición por la forma de dar muerte al protagonista de la historia en dos relatos de san Miguel; el milagro y la superstición, o el milagro y la creencia popular en el diablo en dos sucesos de las collaciones de El Salvador y santo Domingo de Silos; la curación modélica y el castigo provi-

dencial ejemplar de otra persona en una narración de san Juan y *Omnium Sanctorum*; y la venganza entre nobles y, de nuevo la justicia por su mano, en otra más acaecida en el barrio de la Catedral.

Pero, expuestos unos pocos datos de los relatos manejados, cabe preguntarse si existen algunos elementos comunes entre ellos; y, en caso afirmativo, cuáles son los más destacados, y, sobre todo, qué reflejan. Veamos este punto, para concluir este texto, que efectivamente terminará también con la notación de algunos relatos especialmente significativos, sobre todo el que sin duda es el más complejo, detallado, extenso y singular de todos los leídos, y la reflexión que abroche el objetivo principal que he perseguido demostrar en esta intervención.

Qué esconden lo sacro y lo profano, real o ficticio: Los significados

Tres son las cuestiones que parecen evidenciar todos los relatos examinados, a saber: Son reflejo de la sociedad cordobesa del pasado en varios aspectos, en especial, del conflicto y de su cosmovisión intencionadamente confusa y conjunta entre pecado y delito, culpa y castigo, y casi siempre para mantener el orden social; de la organización político-administrativa de la Monarquía Hispánica, así como de la institución eclesiástica de la España moderna; y de la medicina habitual de la época y de sus remedios más frecuentes. Y sobre todos ellos, y siempre, de la extraordinaria lentitud del cambio que llevará, separando las dos esferas arriba indicadas y que llevamos analizando, a la construcción de la secularidad, de la laicidad.

En cuanto a la primera cuestión, esa sociedad cordobesa se desdobra, en efecto, en varios de sus característicos ingredientes, como son: El orden estamental, el patriarcado, la violencia, la credulidad generalizada, religiosa o supersticiosa, la marginación, la vinculación de la mujer a ciertas profesiones típicamente femeninas, y las costumbres colectivas de la época.

El orden estamental se refleja en el ejercicio de jurisdicción propia nobiliaria y eclesiástica, como acogerse a sagrado, por ejemplo, según reflejaba uno de los relatos del barrio de san Andrés, y, sobre todo, la constante presencia de la nobleza cordobesa como los Fernández de Córdoba, los Villalones, los Cerdas, los Cáceres, los Córdobas, los Díaz

de Morales, los Páez de Castillejo, o los Mesas, una de las muchas familias judeoconversas de la época, por cierto, como frecuentes protagonistas de los distintos relatos estudiados⁴⁵.

El patriarcado, como orden social habitual de la época moderna, en que casi siempre está en juego la honra de la mujer, pero no por ésta misma, sino por cuanto, por ella, afecta y repercute en la familia, como demostraba, por ejemplo, y entre muchos otros, el ya citado relato de la casa número siete de la calle de los Muñices en La Magdalena; en que el destino de las mujeres, casa o convento, esposa o religiosa, está decidido por los hombres como cabezas de familia, según patentizaba el relato del barrio de san Miguel en que una Bañuelos es forzada a ser religiosa; en la defensa de la mujer en el espacio doméstico y que no fuera ‘ventanera’, esto es, lo peor que podía decirse y ser una mujer en épocas ya pretéritas -o quizás no tanto-, junto a ‘parlera’ y ‘callejera’, por alejarse, mientras en tales menesteres se ocupa, de su principal función y oficio que era la casa⁴⁶, o en la permanente insistencia en que la obligación de la mujer era obedecer siempre al varón como ser superior⁴⁷, según mostraba el relato de la casa número cuatro de la calle de la Pierna, en el barrio de san Juan y *Omnium Sanctorum*, vía nombrada precisamente así bien porque, según una tradición, la protagonista, siempre ocupada en espiar a sus vecinos, se desmayó al ver que llevaban a enterrar su propio cadáver, aunque al volver en sí, se curó de su mal, quedando la pierna como testigo de ello; o porque, según otra leyenda, en piedra se convirtió la pierna de una joven muy presuntuosa y mala hija al dar un puntapiés a su pobre padre cuando éste fue a pedirle socorros en su extrema necesidad.

Por su parte, la violencia está presente asimismo en muchos protagonistas y maneras, ya sea en la nobleza, que se toma la justicia por su mano con bastante frecuencia, ya en los bajos estratos sociales, y ya en forma de motines, que nunca, por cierto, ponen en peligro el orden social y

⁴⁵ SORIA MESA, Enrique, *El cambio inmóvil. Transformaciones y permanencia en una élite de poder* (Córdoba, ss. XVI-XIX), Córdoba, Ayuntamiento, 2000, pp. 75-84, 177-195.

⁴⁶ ORTEGA LÓPEZ, Margarita, “Las mujeres en la España Moderna”, en GARRIDO GONZÁLEZ, Elena (edit.), *Historia de las mujeres en España*, Madrid, Síntesis, 1997, pp. 277-279.

⁴⁷ VIGIL, Mariló, *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 1-17.

político pero que siempre denotan un malestar que por lo general tiene que ver con la estructura jurídica de la propiedad de la tierra propia de la época moderna; o ya en forma de matanza y robo de gente indefensa por una multitud enfurecida y, en especial, asalto a las juderías con matanza de sus habitantes, como recogía el relato situado en la Semana Santa de 1473 en el hospital de la Caridad del barrio de san Nicolás y san Eulogio de la Axerquía, cuando se culpó a los judíos de profanar el manto de la Virgen con un líquido inmundo, lo que desató la crispación general, por lo que este episodio también conlleva un motín popular; en definitiva, presencia de la lucha en las sociedades preindustriales, también enormemente conflictivas.

La credulidad también aparece con asaz frecuencia, y ya ortodoxa o heterodoxa, en forma del desvío, la transgresión, la superstición. Para la primera, constatación siempre o casi siempre del sentido providencialista de la existencia propio de las sociedades del pasado, es decir, la intervención de Dios en la acciones, decisiones y vida de los individuos, y también casi siempre para que se cambie de vida o se tome como modelo de lo que se debe hacer; como castigo de los amoríos y desatinos constantes de los jóvenes y, sobre todo, si éstos son nobles, porque deben dar ejemplo, como evidencia el conocido relato de la calle “Abrazamosas” de la parroquial de san Juan y *Omnium Sanctorum*, donde los continuos asaltos de un joven libertino hacia las mujeres le hace abrazar un cadáver; o para que se cumplan los sagrados mandamientos, como honrar a los padres, aborrecer los amores adulterinos, fomentar las devociones cordobesas -Cristo de capuchinos, Virgen del Socorro, o de la Fuensanta-, o valorar los ritos sobre la fe, como revela uno de los relatos del barrio de san Miguel, donde la noticia de la muerte de un fraile franciscano, en su mocedad joven díscolo, propició que le arrebataran cualquier prenda que les imputara su piedad de los últimos años; o la narración de la collación de la Catedral, donde se creía en un aceite milagroso que manaba de una luz permanente ante la imagen de la Concepción. Para la superstición, por su parte, las frecuentes leyendas de bastantes relatos o el abuso de la credulidad popular en otros sin ninguna base racional.

Asimismo, otro ingrediente de lo social con frecuencia presente en los relatos es la marginación, y ya en forma de prejuicio social -por eso los gitanos casi siempre actúan mal-; de aquellas situaciones vitales menos deseables, como la vejez, o de ésta junto a, de nuevo, la gitanería; de la fe cristiana nueva, como los criptocristianos, los falsos conversos, los mo-

riscos, o la desviada, como los herejes; de la transgresión hacia el cuerpo femenino, esto es, la prostitución, condición de la anciana implicada en el homicidio y decapitación de un cantero a manos de otros dos por querer robarle dinero, de un asesinato por codicia en definitiva, en el barrio de san Miguel; de la alteración de las leyes de la naturaleza, es decir, de la hechicería, las artes que frecuentan las protagonistas de relato que Ramírez de Arellano sitúa en la plazuela del panderete de las brujas, en el barrio de Santiago; o de la esclavitud, la condición que tenía uno de los participantes en el rocambolesco episodio acaecido en la calle Céspedes, collación de Santa María, barrio de la Catedral, en la segunda mitad del Quinientos y en que en un claro caso de venganza entre poderosos y de toma de justicia por su mano, intervinieron varios nobles de Córdoba como Rodrigo de Vargas, Andrés de la Cerda, Juan de Córdoba, Alonso de Aguilar, Alonso de Cervantes, la poderosa familia de los Mesas, el racionero Cortés y un negro, esclavo por cierto del racionero⁴⁸.

También aparecen ciertas profesiones femeninas genuinamente unidas a las mujeres de otras épocas, como la de ama de cría, precisamente la actividad, no exenta además de cierta crítica social por parte de la institución eclesiástica de la época que la consideraba una prostitución de la lactancia⁴⁹, de la protagonista del relato en que en la casa del escribano Vázquez de la Torre en la calle Osario se suicidó el joven que la pretendía por negarse ésta a reanudar sus relaciones amorosas.

Las costumbres sociales de las épocas pasadas, finalmente, también rondan los distintos relatos, como en el gusto por los toros, o en el duelo como forma de reparar ofensas, recurso, por cierto, que se desata por motivo de lo más nimio, como en el relato del barrio de El Salvador y santo Domingo de Silos, donde se recurrió a aquel recurso para defender a una dama a la que un noble se negó a devolverle su guante, o, también

⁴⁸ VV. AA., *Marginados y minorías sociales en la España moderna y otros estudios sobre Extremadura*, Llerena, Sociedad Extremeña de Historia, 2006. PEÑA DÍAZ, Manuel, *Las Españas que (no) pudieron ser: herejías, exilios y otras conciencias* (s. XVI-XX), Huelva, Universidad, 2009.

⁴⁹ “En pariendo, echan a la puerta de la iglesia lo que paren, y aún no sé si lo dejan morir de desamparo, y luego entran a criar y ganar comida y dinero [...], que éste es el modo de vivir de muchas amancebadas y casadas”, se decía en un memorial de la Junta de Reformation de 1621 sobre las amas de cría: ORTEGA LÓPEZ, Margarita, “Las mujeres en la...”, p. 332.

en esta última parroquia, para salvar la ofensa a otro noble por el ‘alias’ que se le aplicaba, “señor del Badajo”, al ser Diego Fernández de Córdoba, señor de la Campana⁵⁰.

Igualmente, los distintos relatos también reflejan la organización político-administrativa de la Monarquía Hispánica y la institución eclesiástica de la época Moderna, como decía, lo que hace que, en el primer caso, aparezcan con alguna frecuencia corregidores y veinticuatro, y, en el segundo, prebendados y racioneros, y lo que hace de los *Paseos por Córdoba* interesante recurso didáctico para llevar a etapas inferiores de la enseñanza conceptos básicos historiográficos, y aun fuera del aula, en el mismo terreno de la ciudad, de esta magnífica ciudad, siempre un libro abierto de historia, como suelo decir, lo que es una indudable utilidad añadida. Y también los relatos traducen las dolencias habituales de la época y sus remedios más frecuentes, cuando recogen las epidemias, o la curación milagrosa por remedios naturales y/o caseros, como el “sangrarse”, o la “sangría”, como todos sabemos, uno de los recursos más persistentes de la medicina de la época preindustrial.

Causas de todas esas actuaciones, en especial de las irracionales o no fundamentadas, como es lógico, las halla Ramírez de Arellano y Gutiérrez en lo “descuidada que es la educación del pueblo y del exceso en el uso de las bebidas embriagadoras”, en la recurrencia de “los muchos cuentos con que el vulgo ha entretenido siempre sus ocios”, y en la verosimilitud que se daba en la época a todo tipo de casos, que denota “cuáles eran las creencias y poca reflexión del tiempo en que lo escribía”⁵¹, refiriéndose precisamente a una de las citadas fuentes del erudito cordobés, el autor de los ya citados *Casos raros ocurridos en la ciudad de Córdoba*.

Por ello no es raro el generalizado carácter novelesco de los relatos, destacando especialmente en este sentido cinco, que dan perfectamente para un enorme folletín o una película de gran éxito, y cuya singularidad radica en contener la práctica totalidad de los ingredientes que he ido analizando y comentado individualmente.

⁵⁰ RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, Teodomiro, *Paseos por...*, pp. 439-440.

⁵¹ *Ibidem*, pp. 270, 91 y 359, respectivamente.

Son los que en san Andrés narran las peripecias de un hombre que, agresor de otros en una disputa, se refugió, huyendo de la justicia, en casa de la marquesa de Villaverde; ésta, acosada por el corregidor que la creía encubridora del delincuente, aunque ella desconocía que se hubiera refugiado en su casa porque estaba velando a su difunto marido, mata al corregidor arrojándolo “por el balcón a la calle” y es juzgada culpable, si bien no es sentenciada por estar embarazada, lo que le permite ganar tiempo para apoyarse en sus iguales, los nobles, frente al rey; se consiguió el perdón real de pena de muerte por la intermediación de los nobles, sobre todo del duque de Osuna, aplicándosele el destierro⁵². El que en la famosa y ya citada casa de los Villalones, en el mismo barrio, recoge la maldición de una gitana a una joven al echarle en el conjuro de una mala ventura dejarla para siempre enterrada en vida por su curiosidad al querer conocer la identidad del joven enterrado en su casa y el origen de sus riquezas. El forzado ingreso en religión de una Bañuelos por resistirse a un matrimonio que le han concertado sus hermanos y que ella no desea por estar enamorada del noble cordobés Juan de Vargas, pero descubierta en su intención de reunirse “en los brazos de su amante”, previa fuga del convento, los hermanos la matan, devolviéndola al convento y comprando a precio de oro el que se dijera que había muerto allí⁵³. O el ardid tramado entre varios nobles de la ciudad y el racionero Cortés, en un relato magnífico del barrio de la Catedral, para cobrarse la deshonra de una criada de una noble cordobesa, señora de Fernán Núñez, la falta de respeto hacia ésta misma, y la treta en la que también participó el pajecillo Luna, para dar muerte sin aviso al noble Vargas, acción que el poder nobiliario logra dejar impune, si bien el pueblo se alegró por la infamia de don Rodrigo, cuya emboscada es posible por la colaboración de un negro, “esclavo del racionero”⁵⁴.

Pero ningún episodio mejor que el muy extenso localizado en la conocidísima cruz de Juárez, y que en detallado y prolijo relato, contiene absolutamente de todo: El asesinato de la esposa de Juárez por éste, porque se hallaba enredado en amoríos adulterinos, acción que lleva a cabo en la oscuridad de la noche y a escondidas; las sospechas del crimen por un

⁵² *Ibidem*, pp. 135-137.

⁵³ *Ibidem*, pp. 350-351.

⁵⁴ RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, Teodomiro, *Paseos por...*, pp. 543-545.

primo de la víctima, de la que se pensaba que había muerto por causas naturales ante el miedo por el incendio de su hacienda, aunque no tomó medidas judiciales porque era muy deudor a Juárez; las segundas nupcias de éste con la joven con quien mantenía amores ilícitos, que ahora lo domina totalmente; el descubrimiento accidental de su crimen al hallarse la punta de una daga en el cadáver de la esposa de Juárez, cuando se removía la tierra para enterrar a otro pariente; el fingimiento de Juárez a instancias de su padrino -o “compadre”, como recoge el relato-, de estar enfermo para escapar de la justicia; la codicia del “compadre” de querer repartir las riquezas que Juárez había preparado en una caballería para huir, provocadora de la muerte de Juárez a manos de su “compadre” disfrazado de franciscano y que, con este mismo disimulo, dejó al asesinado Juárez; el descubrimiento, por fin, y obviamente, del criminal que pierde su vida donde ejecutó su crimen contra Juárez, colocándose en recuerdo de las tres víctimas -Juárez, su esposa y el compadre-, las tres cruces que dan nombre a este lugar, aunque hoy solo quede una⁵⁵.

En este último relato, efectivamente, no falta nada. Pero, desde éste tan extenso hasta los más escuetos, todos, permiten usar los *Paseos por Córdoba* para conocer una parte de la historia de los barrios de la Córdoba moderna, su historia cultural, en este caso, a través de o la ligada a lo imaginario, lo inaudito, lo pequeño, lo poco importante, lo desconocido, lo extraordinario, lo inexplicable, lo sorprendente y lo truculento, un ingrediente más de lo cotidiano, como decía; aunque debería decir de los truculentos, de los sujetos de lo truculento, porque han desfilado brujas y herejes, gitanos y fantasmas, santos y demonios, nobles, eclesiásticos y plebeyos; y, de paso, quizás también este texto haya servido para reparar asimismo en otra posibilidad de la investigación histórica para la sociedad, lo que hoy se denomina ‘transferencia del conocimiento’, porque..., bien mirado y pensado..., no hay en el viejo libro de don Teodomiro material más que sobrado para trazar un itinerario turístico que alimente el patrimonio cultural inmaterial de esta ciudad -porque también lo mostrado es patrimonio cultural-, un itinerario turístico de lo curioso, lo insólito, lo pequeño y poco importante, de lo poco conocido o desconocido, de lo atípico, lo legendario, lo portentoso, lo inexplicable y lo sorprendente de los barrios de Córdoba. He aquí -y aquí la dejo- la cuestión.

⁵⁵ *Ibidem*, pp. 374-379.

Ante esta situación los musulmanes, refugiados en la Madina, desde donde hostigaban continuamente con saetas y piedras a los asaltantes de la Ajarquía, amparados en su nivel superior y protegidos por la muralla y un ancho foso, solicitaron el auxilio de Ibn Hud. Por su parte, los cristianos, que retrocedieron en tres ocasiones, decidieron enviar mensajeros en solicitud de ayuda al monarca Fernando III y a varios caballeros que se encontraban en la frontera, que fueron los primeros en llegar; mientras que el rey lo haría el siete de febrero. A partir de este momento comenzaría un asedio que duraría hasta el mes de junio, momento en que los musulmanes cordobeses, perdida toda esperanza de poder retener la ciudad, la entregaron el 29 de dicho mes mediante pacto a Fernando III, que solo respetaría la vida y libertad de sus habitantes.

ESCOBAR CAMACHO, José Manuel, “Vivir en la Córdoba bajomedieval (siglos XIII-XV)”, en *De las collaciones bajomedievales cristianas a los barrios actuales*. Córdoba, 2019, pp. 30-31.

